

9430

EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

RECETA MATRIMONIAL,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

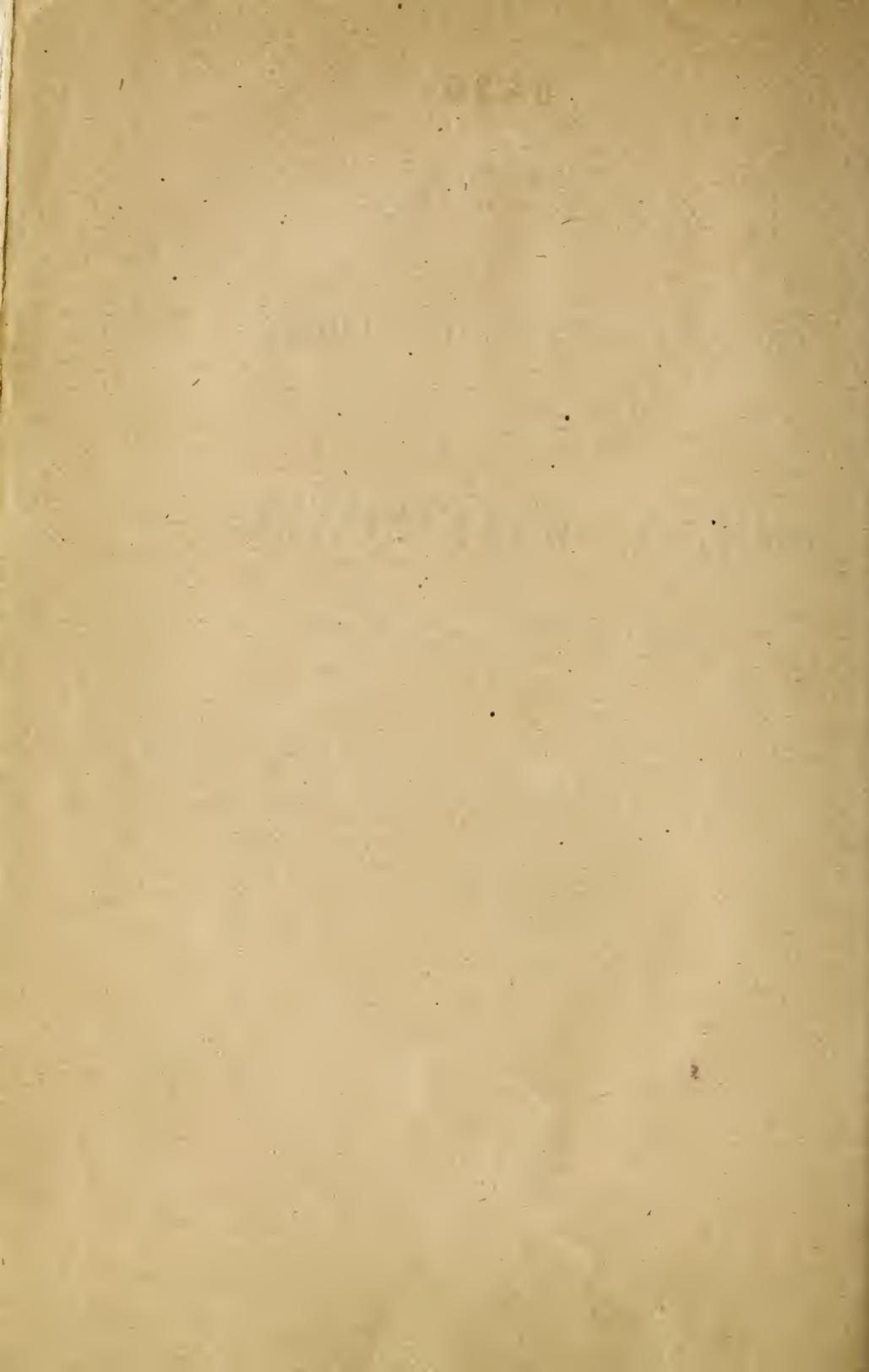
Marco

MADRID:

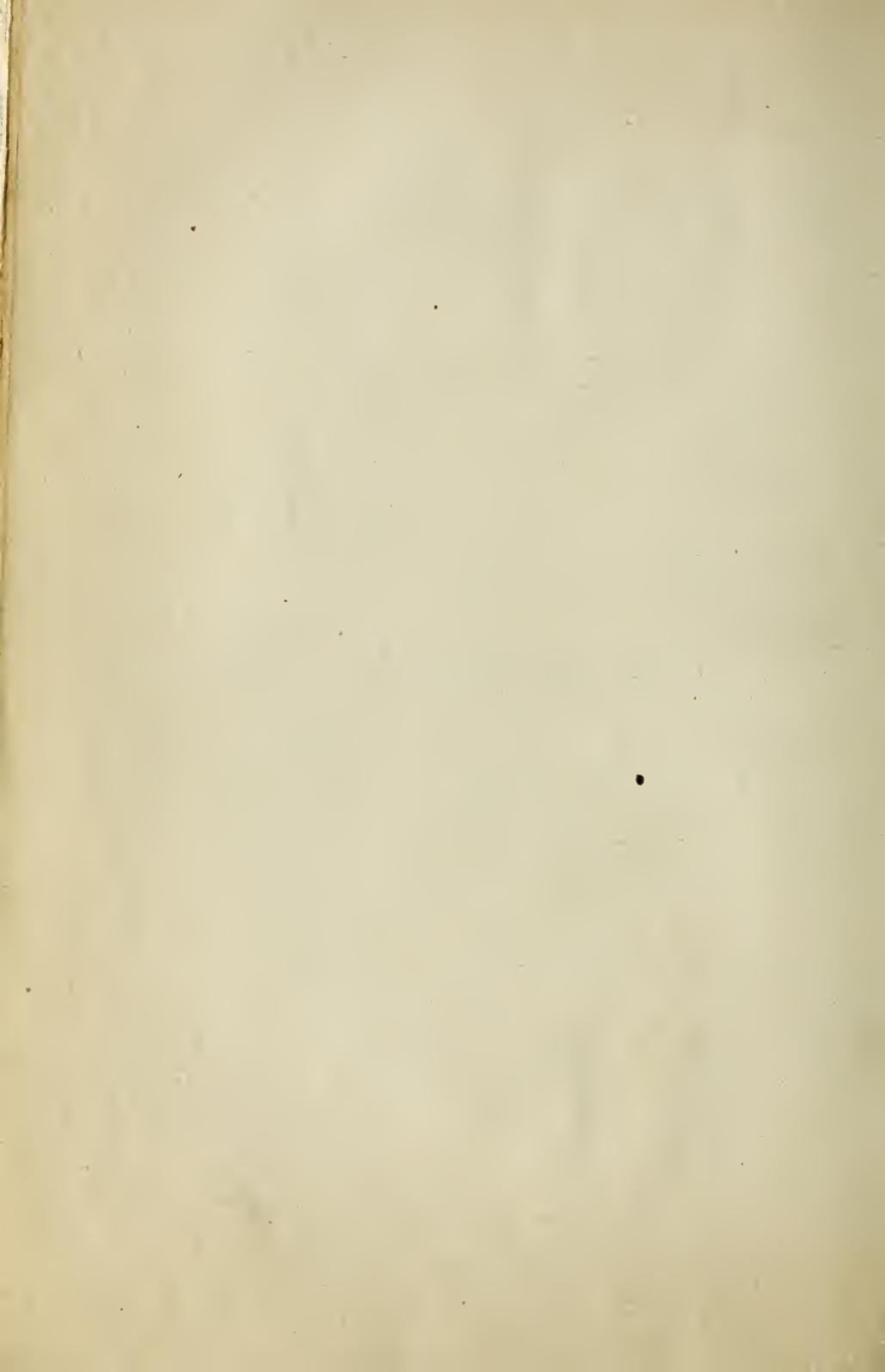
OFICINAS: CALLE DEL PEZ, NÚMERO 40, 2.º

1873.

4



RECETA MATRIMONIAL.



# RECETA MATRIMONIAL,

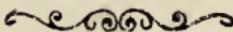
COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. JOSÉ MARCO.

Representada con extraordinario aplauso, en el teatro  
del Circo de Madrid la noche del 31 de Enero de 1873.



MADRID.

ESTABLECIMIENTOS TIPOGRÁFICOS DE MANUEL MINUESA,

Juanelo 19, y Ronda de Embajadores.

1873.

## PERSONAJES.

## ACTORES.

ROSARIO. ....	DOÑA	MATILDE DIEZ.
CLARA. ....		CLOTILDE LOMBÍA.
CARLOTA. ....		EMILIA DANSAN.
TERESA. ....		DOLORES MARTINEZ.
MANUEL. ....	DON	MANUEL CATALINA.
FELIPE. ....		MARIANO FERNANDEZ.
RAFAEL. ....		FLORENCIO ROMEA.
VALENTIN. ....		CIPRIANO MARTINEZ.

---

La acción se supone en Madrid y en casa de Manuel.

### Epoca actual.

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática titulada EL TEATRO, de *D. Alonso Gullon*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representación y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

# DEDICATORIA.

AL PRIMER ACTOR

D. MANUEL CATALINA.

---

*Escribiendo esta comedia con la precipitacion que lo he hecho, creo haber dado una prueba de cariño al amigo.*

*Al poner el nombre de ese amigo al frente de ella, quiero dar un público testimonio de lo mucho que, como artista, le admiro y aplaudo.*

JOSÉ MARCO.



---

---

# ACTO PRIMERO.

---

Gabinete elegantemente amueblado con puerta al fondo y laterales.

## ESCENA PRIMERA.

TERESA y VALENTIN.

Al levantarse el telon aparece Teresa limpiando los muebles.—Valentin sale fondo izquierdá.

VAL. Aun no acabaste, Teresa,  
de limpiar los muebles?

TER. No;  
pero ya acabo.—Y tú?...

VAL. Yo  
ya tengo puesta la mesa.

TER. Mas pronto hacerlo no pude.  
En efecto, lo estoy viendo.

VAL. Ahora vengo aquí corriendo  
por si quieres que te ayude.

TER. Me falta poco.

VAL. Mujer,  
poco será; sin embargo,  
si de eso poco me encargo,  
no lo tendrás tú que hacer.

TER. Eres de lo más cumplido  
que he visto.

VAL. Dame el plumero.

TER. Pero ¡ay! eso es de soltero. (Dando el plumero á Valentin.)

VAL. Pues ya verás de marido! (Limpiando.)

- Seré lo más bonachon  
que has podido imaginar!  
Me vas, Teresa, á llevar  
hasta á beber á un pilon!
- TER. No tanto. Qué tontería!
- VAL. Pues no creas que lo es.
- TER. No, Valentin?
- VAL. Al revés.
- TER. Qué es entónces?
- VAL. Picardía.  
Yo en esto soy algo ducho  
porque sirvo ha tiempo, ¿estamos?  
y un criado, con los amos,  
si es que quiere, aprende mucho.  
Pues bien, yo quise saber,  
y una gran cosa he aprendido;  
y es que siempre hace el marido  
lo que quiere la mujer.  
Y como nada hay que tuerza  
esa ley, por más que asombre,  
que ha de obedecer el hombre  
por voluntad ó á la fuerza,  
resuelto á tomar estado,  
me he dicho yo:—pues señor,  
si al fin ha de ser, mejor  
es que sea de buen grado:  
y así, aunque no lo parece,  
la necesidad convierto  
en una virtud...
- TER. Es cierto.
- VAL. Que mi mujer agradece,  
y eso me encuentro.
- TER. Qué pez!
- VAL. Te digo que de mí harás...  
tú, en cambio, ya me darás  
gusto alguna que otra vez.
- TER. Fuera una infamia notoria  
que, teniendo tú esa pasta,  
sufrir te hiciera...
- VAL. Pues basta:  
viviremos en la gloria.
- TER. Siempre en paz.
- VAL. Y no como otros  
en una constante lidia...  
Hasta los amos, envidia  
han de tener de nosotros.
- TER. Eso, como si lo viera,

- puedes darlo por sentado.  
Ha dos meses se han casado  
y andan ya de una manera...
- VAL. Sí, la cosa no camina  
por la vereda mejor:  
el amo gasta un humor  
que me dá muy mala espina.  
Y ella padece.
- TER. Y ella padece.
- VAL. Tan bella!
- TER. Y buena.
- VAL. Pues don Manuel...
- TER. Ella es mejor.
- VAL. Mejor que él?
- TER. Vale él mucho.
- VAL. No más que ella.
- VAL. Como quieras.— Y he acabado  
con esto mi cometido  
y la cuestion. (Campanilla.)
- TER. Pues ha sido  
á tiempo porque han llamado.
- VAL. Serán los amos.
- TER. Ve aprisa, (Vase Valentin  
fondo derecha.)  
no tengas despues cancion.  
Ellos deben ser.—Y son. (Mirando hácia el  
fondo.)
- ROS. Vaya, ya tenemos misa.

## ESCENA II.

ROSARIO, TERESA y MANUEL.

Rosario sale apoyándose en el brazo de Manuel por la puerta del fondo derecha, y se coloca enfrente de un espejo para quitarse el sombrero. Manuel, con el devocionario, que se supone de Rosario, se coloca al lado opuesto, significando algun disgusto. Teresa, que queda junto á la puerta del fondo, despues de dejarles paso, observa á Rosario y á Manuel.

- TER. Señorita, quiere usted (á Rosario.)  
que la ayude?
- MAN. Por ahora,  
no. Vete. (Con aspereza.)
- TER. (Suspirando.) (Pobre señora!)
- ROS. Si acaso, te llamaré. (Á Teresa que se va  
fondo derecha.)

### ESCENA III.

ROSARIO y MANUEL.

- Ros. Hijo, qué es lo que te pasa  
que tan mal templado estás?
- MAN. No me hace gracia ir á misa  
á estas horas. (Echando el devocionario encima de un velador.)
- Ros. Pues hoy ¡bah!  
alcanzamos la de doce.
- MAN. Vaya! Habrá que repicar.  
—Parece que te has propuesto  
ir siempre tarde.
- Ros. No tal.  
Al contrario: mira, todos (Acercándose á Manuel que se habrá sentado en una butaca.)  
los domingos hago el plan  
de salir pronto de casa.  
—Lo dudas? (Al ver que Manuel se sonríe maliciosamente.)
- MAN. Qué he de dudar?  
Mas qué importa que hagas planes  
si no los cumples jamás!
- Ros. Calla, hombre; si no me explico  
cómo el tiempo se me va.  
Se levanta una á las ocho,  
que en Enero es madrugar,  
y en tomar el chocolate,  
dar, como es muy natural,  
una vuelta por aquí  
y otra vuelta por allá,  
á fin de ver si las cosas  
marchan bien ó marchan mal,  
adios, mañana! Cuando una (Imitando el  
sonido de una campana.)  
quiere acordarse, dan! dan!  
las doce: á atusarse el pelo  
en cuanto pueda pasar;  
despues ponerse el vestido  
que más á la mano está,  
mientras la bata te quitas  
y te pones el gaban,  
y á misa corriendo! Y gracias  
si al fin logramos llegar  
á la de una ántes de que

- MAN. hayan mudado el misal.  
Y gracias, sí; muy bien dices:  
sino, hay que hacer enganchar  
el coche, y á escape á Pozas  
para la de dos.
- ROS. Verdad.
- MAN. Pues, Rosario, yo lo siento;  
mas no te puedo ocultar  
que ambas cosas me dan ira.
- ROS. Por Dios, Manuel.
- MAN. Además,  
que esas misas no aprovechan.  
La gente que á oirlas va,  
más que á cumplir el precepto  
de la iglesia, va á fisgar,  
ó á lucir un moño, un traje,  
ó... alguna otra cosa más.
- ROS. Echa, echa!...
- MAN. Es el Evangelio.
- ROS. Bueno, y aunque, en realidad,  
así sea, qué? Esas misas,  
Manuel, no aprovecharán  
para la gente que ofenda  
cōn semejante impiedad  
el templo de Dios.
- MAN. Despues,  
vaya usted, vaya á evitar  
la revistita insolente  
de tantos fieles como hay  
siempre de puertas afuera,  
y que, abriendo cada cual  
unos ojazos tamaños,  
allí tragándose están  
á cuantas pasan.
- ROS. Jesús!  
Qué modo de exaegrar!  
A mí nunca me han tragado.
- MAN. Es que no faltaba más! (Levantándose exasperado.)  
Pues hombre!
- ROS. Celoso y todo!
- MAN. Rosario!
- ROS. De cuándo acá?
- MAN. Mira que no estoy de humor...
- ROS. Es una debilidad;  
y aunque debiera ofenderme,  
pues de mí te hace dudar,

como dicen que los celos  
del amor son hijos...

MAN.

Ay!

ROS.

Tus celos, por este lado,  
no me dejan de halagar.

MAN.

Qué taravilla, Dios mio!

ROS.

Pobre Manuel!

MAN.

Basta ya!

Y por qué soy pobre, di?

ROS.

No seas tan material.

Te lo he dicho...

MAN.

Es que no quiero

que me llames pobre, ¿estás?

aunque un dia lo llegara

á ser de solemnidad.

ROS.

Bueno, hombre, bueno.

MAN.

Me gusta!

ROS.

(Es lo más original!)

MAN.

Pobre yo...! Cuidado que...!

ROS.

Pero, Manuel...

MAN.

Quita allá.

ROS.

Cómo es posible que tú,  
que tienes de mazapan  
el corazón, te propongas  
hacernos ver que es de agraz?

MAN.

Pues qué! No tengo motivos  
para quejarme quizás?

ROS.

Y de qué?

MAN.

Cómo de qué?

Quien te escuche pensará  
que esta casa no es más que otro  
paraiso terrenal,  
que en el siglo diez y nueve  
yo soy un segundo Adán,  
y que á morir voy de empacho,  
de gusto y felicidad!

ROS.

Mira, no ofendas á Dios  
que te puede castigar...

MAN.

Como no ves lo que sufro...

ROS.

Tú sufres!

MAN.

Ese es el mal.

ROS.

Pobrecito!

MAN.

Qué! Otra vez!

ROS.

Se me fué.

MAN.

Vaya un afan!...

ROS.

Tengan compasion y lástima  
de este misero mortal,

que anda desnudo y enfermó,  
sin un pedazo de pan  
para él y su compañera,  
que unos disgustos le dá!...  
MAN. Pero tú piensas que para  
que uno se pueda quejar  
es fuerza que esté baldado,  
que no tenga ni un real  
y que su mujer le arañe!  
Pues en un error estás.  
A mí no me altera nunca  
una récia tempestad;  
lejos de eso, sus efectos  
veo con serena faz;  
y mira tú lo que son  
las cosas! Te asombrará!  
No puedes tener idea  
del disgusto y malestar  
que me aflige cuando el cielo  
encapotándose va  
por esas nubes, que apénas  
llegan el sol á apagar,  
y que son una amenaza  
silenciosa nada más.

Ros. Eso es nervioso.

MAN. Qué tienen  
que ver los nervios con la?...  
Para que mejor lo entiendas:  
tú me clavas un puñal  
ahora, aquí, en el corazón.

Ros. Hombre, yo? Qué atrocidad!

MAN. Me lo clavas.

Ros. Como quieras;  
te lo clavo.

MAN. Pues quizás  
sufriera el golpe impasible.

Ros. Sufrir es!

MAN. Vaya!

Ros. En fin, tal  
el golpe pudiera ser.

MAN. Pero cómo! Yo aguantar  
que hoy me des aquí un pinchazo,  
mañana un segundo acá,  
y otro pasado, y luego otro...  
que si quieres! Ay, ay, ay,  
para eso no tengo calma  
ni la he de tener jamás.

- Ros. Los nervios, no le des vueltas.  
MAN. Dale!  
Ros. En ellos está el mal.  
MAN. Qué nervios ni qué ocho cuartos?  
Ros. Pues á ver.  
MAN. El mal está  
en el matrimonio, vaya!  
Yo no me puedo amoldar  
á esa situacion que crea  
tan difícil y especial.  
Ros. Luego el mal está en tí entónces.  
MAN. Bueno, corriente, estará:  
y sabes que te lo dije  
lo ménos un centenar  
de veces, antes de unirnos  
con el lazo conyugal.  
Dueño de mí por completo  
desde muy temprana edad,  
y con dinero bastante,  
no me ha regido jamás  
otro poder en el mundo  
que mi santa voluntad.  
Por eso, yo comprendia  
cuán duro, cuán triste y cuán  
penoso me iba á mí ser  
el perder la libertad.  
Por eso llegué á cumplir  
los cuarenta sin casar,  
y por eso un dia y otro,  
como tú recordarás,  
te decia yo:—Rosario;  
no es bueno precipitar  
de esa manera las cosas.—  
Mas tú te obstinaste, y... zás!  
hicimos un desatino  
que nos tiene que pesar.  
Ros. Será á tí, pues yo...  
MAN. Qué quieres?  
Tal vez los nervios tendrás  
á prueba de matrimonio,  
y te envidio: muy formal  
lo digo.  
Ros. Pues no me envidies,  
porque yo he de sufrir más.  
MAN. Tú? Por qué?  
Ros. Al ver que no logro  
hacerte sobrellevar

con calma y resignacion  
alguna contrariedad,  
que puede salirte al paso,  
y que Dios tal vez te dá,  
no para que tú la mires  
como si fuera un dogal,  
sino como un necesario  
contraste para alterar  
la triste monotonía  
que ofrecería al mortal  
la vida, si la pasara  
en una absoluta paz.

MAN. Mira, Rosario, todo eso  
suena muy bien.

Ros. Nada más?

MAN. Es música. A mí me irrita  
tener que ir á visitar,  
cuando quiero estarme en casa.  
Vestirme para ir al Real,  
cuando yo me acostaría:  
y tenerme que acostar,  
cuando me iría al Casino.  
Y aun falta lo principal:  
aun lo gordo no ha venido.

Ros. Y lo gordo, qué es?

MAN. Aun no hay  
de por medio ningun rorro,  
que al fin y al cabo lo habrá...

Ros. Te voy á llamar desde hoy  
fray Manuel.

MAN. Y por qué fray?

Ros. Reverendo más completo!..  
Vaya, y qué padre... guardian!

MAN. Tú pensarás lo que gustes;  
pero yo debo buscar  
para mi mal un remedio.

Ros. Búscalo muy eficaz  
para curar tu aprension.

MAN. Aprension! Tú creerás  
que es aprension lo que tengo. (Sacando  
un cigarro.)

Ros. Calle! Ahora vas á fumar? (Tosiendo.)

MAN. No quieres tú?

Ros. Te diré...

MAN. Lo ven ustedes? Qué tal?  
Ni fumar un cigarrillo!  
Si es aprension! Voto á San! —

ROS. Fuma, Manuel, fuma! Pero como vamos á almorzar, te lo advierto solamente...

MAN. Lo adviertes... tosiendo? Ya! (Guarda el cigarro.)

### ESCENA IV.

Dichos y VALENTIN.

VAL. Señor... (Desde el fondo con una tarjeta en una bandejilla.)

MAN. A qué viene ahora interrumpir, majadero?

VAL. (Malol) Es... este caballero que viene con su señora. Me dió su tarjeta y dijo: pásala al punto á tus amos.

MAN. Para visitas estamos.

ROS. Vé quién es.

MAN. Felipe Urquijo! (Leyendo sorprendido la tarjeta que le presenta Valentin.) Felipe en Madrid! Por vida!...

ROS. Y tambien Carlota?

MAN. Sí.

VAL. Les digo que entren aqui?

MAN. Sí, que pasen en seguida. (Vase Valentin fondo derecha.)

### ESCENA V.

ROSARIO y MANUEL.

ROS. No fué Felipe á Alicante empleado?

MAN. Hará como un mes.

ROS. Un mes! Pues entónces es que le han dejado cesante.

### ESCENA VI.

Dichos, CARLOTA y FELIPE.

Felipe y Carlota aparecen por el fondo derecha, precedidos de Valentin, que se detiene á la puerta y desaparece despues de dejarles paso.

FELIPE. Manuel! (Abrazándole.)

MAN. Felipe!

ROS. Carlota! (Abrazándola.)

- CAR.       Rosarito!
- ROS.                Qué sorpresa!
- MAN.       Venirse así... á la francesa,  
sin decir á nadie jota!
- FELIPE.   Para qué? No seas tonto,  
y suaviza ese visaje.  
Además, que nuestro viaje  
ha sido cosa de pronto.
- ROS.       Por mucho que lo haya sido,  
para escribir dos renglones  
tiempo habrá habido...
- FELIPE.                               Pues nones.
- CAR.       No, Rosario; no lo ha habido.
- FELIPE.   Si esto el enojo no evita,  
absuélvanos del pecado  
el haberles dedicado  
nuestra primera visita.
- ROS.       No; ya se la arreglarán  
de manera que tendremos...
- MAN.       En fin, nos contentaremos  
con lo poco que nos dan.  
Y cuándo fué la llegada?
- FELIPE.   Hoy, Manuel.
- ROS.                Sí? Vamos, esto...
- MAN.       Y cesante, por supuesto?...
- CAR.       Cesante!
- FELIPE.        No sabes nada?
- CAR.       Pues si tiene una prebenda!
- ROS.       Es de veras?
- MAN.                Méenos mal.
- CAR.       Me le han nombrado oficial  
del ministerio de Hacienda.
- MAN.       Cáspita!
- FELIPE.        Lo que has oído.  
En la aduana de Alicante  
un mes!... Chico, ya es bastante,  
y el Gobierno me ha traído  
dejando muy por extenso  
mi celo recompensado,  
pues, además del traslado,  
me ha dado un bonito ascenso.
- MAN.       Tambien?
- FELIPE.        Se porta esta gente.
- MAN.       Es extraño!
- CAR.                Qué ha de ser!  
Pues podía no ascender  
con un ministro pariente.

- MAN. Ah! Vamos.  
ROS. Bien!  
FELIPE. Insensata!  
CAR. Pero, hombre...  
MAN. Qué te alborota?  
FELIPE. Señora doña Carlota,  
ha metido usted la pata.  
MAN. Entre amigos...  
ROS. Que son fieles.  
FELIPE. Habló el buey y dijo mú.  
Por lo demás, qué haces tú  
que no lees los papeles?  
MAN. Yo? No...  
FELIPE. Pues la penitencia  
sufriste con el pecado.  
MAN. Qué! De tí se han ocupado?  
CAR. Hasta *La Correspondencia*.  
MAN. Qué diantre!  
ROS. Y qué dijo?  
FELIPE. Dijo:  
«El digno, honrado, leal,  
y modesto liberal  
señor D. Felipe Urquijo,  
administrador...  
MAN. (Me escamo.)  
FELIPE. De la aduana de Alicante,  
viene á una plaza importante  
de la direccion del ramo.  
Damos nuestro parabien  
al empleado referido  
por el ascenso obtenido,  
y se lo damos tambien  
al ministro inteligente  
que hoy, con tino no comun,  
premia los servicios de un  
liberal tan consecuente.»  
ROS. Anda, anda.  
MAN. Vaya un bombito!  
FELIPE. Pche...  
ROS. Bien pregona su gloria.  
MAN. Y lo sabe de memoria!  
CAR. Como que él mismo lo ha escrito.  
MAN. Ah! Con que tú?  
FELIPE. Si no fuera...  
ROS. Usted ha puesto?  
FELIPE. Por Dios! (Suplicando á  
Manuel y Rosario.)

Te prevengo que van dos (Con intencion á Carlota.)

y no aguanto la tercera.

CAR. Pero si...

FELIPE. Chitito, estamos?

ROS. No hay motivo...

MAN. (Otra disputa!

Pues tampoco este disfruta de mucha paz que digamos. Achaque del matrimonio.)

ROS. Don Felipe, vamos, calma... (A Felipe con quien habrá hablado y estará exacerbado.)

FELIPE. Pero, Rosario de mi alma, si hay para darse al demonio con esa lengua indiscreta!

CAR. Es que...

FELIPE. Callas!! (Con ademan amenazador)

ROS. Ya calló. (Interponiéndose entre Felipe y Carlota que dará un grito.)

FELIPE. Mejor para ella: sino ya conoce mi receta.

MAN. ¿Cómo es eso?

ROS. Qué salida!

MAN. Tienes tú?... (A Felipe con interés.)

FELIPE. Un medio probado para que pueda un casado pasar tranquilo la vida.

MAN. Oh! feliz descubrimiento!

FELIPE. A no ser por él, qué horror!

MAN. Pues vas á hacerme el favor de esa receta al momento.

ROS. Ja! ja! ja! Es chistoso el paso. (Hablando con Carlota)

CAR. Rosario, cuando se altera, mi marido es una fiera.

ROS. Pero usted por qué hace caso?...

CAR. Ya hablaremos.

FELIPE. (Hablando con Manuel.) Yo me fundo, y el que se ablanda hace mal. El hombre es el animal mas grande que hay en el mundo

MAN. ¿Cómo es eso?

FELIPE. Y las mujeres, ante el rey de la creacion, se han de humillar y ... chiton!

MAN. Mas vas á fumar? (Al ver que Felipe saca un cigarro.)

- FELIPE. No quieres?  
MAN. Cómo! Yo? No he de querer?  
FELIPE. Mas tu extrañeza supone...  
Ah! Vamos, ya! Es que se opone  
á que fumes tu mujer. (Guardando el cigarro)  
ROS. No, no hay tal oposicion.  
MAN. No se opone en son de mando;  
mas tose, de vez en cuando,  
y hace alguna observacion...  
ROS. Manuel! (Reconviniéndole dulcemente.)  
FELIPE. Oh! si, ese es el modo...  
y tu de él no habrás sabido  
defenderte, y te has perdido!  
Vaya! Lo comprendo todo.  
ROS. Todo?  
CAR. Felipe está ducho...  
FELIPE. No suelo entrar por el aro.  
CAR. (Bárbaro!)  
ROS. Lo que reparo  
es que usted comprende mucho.  
MAN. Bueno, podemos fumar  
en mi despacho, si quieres.  
FELIPE. Paliativos!  
MAN. Las mujeres  
querrán á solas hablar.  
ROS. Y ustedes no? Sin esfuerzo.  
MAN. Hablaremos.  
FELIPE. Ya se vé.  
MAN. Solo un momento hasta que  
nos llamen para el almuerzo.  
Mas ahora caigo!  
FELIPE. Qué pasa?  
MAN. No te he dicho que está aqui  
Rafael?  
FELIPE. Quién? Tu primo?  
MAN. Sí.  
Vive en esta misma casa:  
arriba. Lo mas padrazo!  
FELIPE. Calla!  
MAN. Le voy á llamar.  
Poquito se va á alegrar  
de verte y darte un abrazo!...  
Si es que su mujer le deja.  
FELIPE. Qué es ló que dices! Conmigo  
qué peligro vé? Pues digo!...  
Pero vamos, será vieja...  
ROS. Clara, vieja? No, no tal,

- CAR. Tendrá celos. . .
- ROS. Y el dió pié...
- FELIPE. Lo que ha de decir usted  
que es mujer, y ahí está el mal.  
Mas yo haré que ese muchacho  
se cure. Que se presente. (Manuel suena  
el timbre.)
- ROS. Es una idea escelente.  
Si, que baje y. . . al despacho;  
y los tres juntitos. . .
- FELIPE. Justo.
- ROS. Hablan de su enfermedad  
y con toda libértad  
se despachan á su gusto.
- MAN. Dí que baje al señorito (A Valentin que apa-  
rece por el fondo y se vá despues de recibir el  
recado.)
- ROS. Rafael.—Y tú, cuando venga... (A Rosario.)  
Haré que no se detenga.  
Pero mucho cuidadito  
en cometer un deslíz,  
ilustrísimos doctores.
- CAR. Pobre de usted! (A Rosario.)
- FELIPE. Los dolores  
se curarán de raiz.
- MAN. Vamos, pues.
- FELIPE. Yo no me duermo!
- ROS. Será usted un doctor de punta;  
pero despues de la junta  
suele morir el enfermo. (Vánse Manuel y  
Felipe, primera puerta derecha.)

## ESCENA VII.

ROSARIO y CARLOTA.

- CAR. Se ha perdido usted, Rosario.
- ROS. No comprendo. . .
- CAR. Está usted fresca  
si Felipe abre los ojos  
á Manuel, y á más se empeña  
en curarle, como él dice.
- ROS. Me río yo de la ciencia  
del doctor Felipe.
- CAR. Sí?
- ROS. Repito que es una fiera.  
Pero á ver; en qué consiste

- su tan temida receta?  
CAR. Pues es un grano de anís  
Él de repetir no cesa  
que el hombre es el animal  
más grande que hay en la tierra.  
ROS. Es posible! Tiene gracia!  
Y él lo dice?  
CAR. A boca llena.  
Añadiendo que es el rey  
de la creacion.  
ROS. Hola! Esa  
aclaracion ya varia.  
CAR. Y que si bien él no niega  
que posee la mujer  
una igual naturaleza,  
léjos de dejarse el hombre  
dominar nunca por ella,  
debe avasallarla siempre,  
si no de grado, por fuerza.  
ROS. Tal cree? Entónces Felipe  
dice bien; el que así piensa  
es, Carlota, el animal  
más grande que hay en la tierra.  
CAR. Cuando yo le digo á usted  
que Felipe...  
ROS. Y sus ideas,  
preciso, han de ser origen  
de muy tristes consecuencias?  
CAR. Vaya! A no ser porque yo  
me he ingeniado de manera...  
porque sabe usted lo que hago?  
Siempre que Felipe encuentra  
que alguna cosa que he dicho  
ó voy á hacer le molesta,  
yo procuro defenderme  
hasta que él al fin me suelta...  
ROS. Alguna coz?  
CAR. Dios me libre!  
Nunca doy lugar á ella.  
Lo que dejo que me suelte  
es la... la amenaza prévia,  
porque hay que hacerle justicia,  
eso sí, tiene la buena  
cuatidad de avisar.  
ROS. Vamos.  
CAR. Y cuando yo oigo el alerta,  
por convencida me doy

- y se acaba la pelea.  
ROS. Pero la razon no brilla...  
CAR. Y si, porque brille, llega  
la amenaza á vias de hecho?  
No; es mejor tener prudencia.  
ROS. Pero acaso teme usted  
que su marido cometa?..  
CAR. Pues no he de temer! Felipe  
es muy capaz... friolera!  
ROS. Pues, Carlota, francamente,  
no apruebo yo ese sistema  
de vida: qué quiere usted?  
CAR. Ay! Pues no de otra manera  
he podido yo vivir  
con Felipe, y si este adiestra  
á Manuel, usted tendrá  
que amoldarse con paciencia...  
ROS. Carlota, no acabe usted:  
pensando así, hace una ofensa  
á mi marido...  
CAR. Rosario,  
no he tenido tal idea...  
ROS. El caso es que yo no sé  
si tomar como de véras  
la cosa, ó echarla á risa.  
CAR. Ya verá usted...  
ROS. Alguien llega.

## ESCENA VIII.

Dichas y RAFAEL.

- RAF. (Sale fondo derecha precipitadamente, y se detiene al ver á Rosario y á Carlota.)  
Dónde está, dónde...? Oh! Rosariol  
Señora... Perdon, si se entra  
aquí de un modo tan brusco  
quien ardientemente anhela  
dar un abrazo á un amigo.  
ROS. Es mi primo. (Presentándole á Carlota.)  
RAF. La escalera  
bajé á escape.  
ROS. Esta señora (Por Carlota á Rafael.)  
es la esposa... á ver si aciertas?...  
RAF. De Felipe?  
CAR. Sí señor.

- RAF. Celebro mucho... (Ay, qué feal)  
ROS. Y el niño, cómo le tienes?  
RAF. Tan monísimo! Si vieras!...  
Con unos ojitos!...
- ROS. Vaya!  
RAF. Y una boquita entreabierta...  
ROS. Y unas manecitas... y una!...  
Este se vuelve jalea  
en hablándole del chico.
- CAR. Es natural que suceda.  
RAF. Dormidito se ha quedado  
tirando... así... de las riendas  
del caballo de carton  
que le compré en Noche-Buena.  
—Señora, usted tiene niños? (A Carlota.)
- CAR. No, señor. (De mal humor.)  
RAF. (Ay! qué imprudencia!)  
—Y Felipe?
- CAR. Qué! Tampoco! (Alarmada.)  
ROS. Ráfael! (Reconviniéndole.)  
RAF. No me reconvengas!  
Si no he querido decir  
lo que esta señora piensa.
- CAR. Usted ha dicho...  
RAF. Y Felipe?  
Esto es, dónde se encuentra?
- ROS. Ah!  
CAR. Creí...  
ROS. Está en el despacho  
con Manuel. No te detengas  
por nosotras...
- CAR. Vaya usted.  
ROS. Te aguardan con impaciencia.  
RAF. Entónces, con su permiso... (Dirigiéndose á  
la puerta derecha llamando á Felipe, á quien se  
supone encuentra al traspasar el umbral.)  
—Felipe! Felipe!... Aprieta!...

## ESCENA IX.

ROSARIO y CARLOTA.

- CAR. Jesús! El primo de usted  
debe ser un calavera!  
ROS. Ha sido un don Juan Tenorio.  
CAR. Eh! Qué tal!  
ROS. En toda regla.

Pero yo no sé, Carlota,  
si arrepentido de véras  
ó cansado y aburrido  
de sus constantes proezas,  
en Rafael se ha obrado una  
metamorfósis completa  
desde que tomó á mi prima  
por esposa y compañera.  
Si viera usted qué vida hace!  
El, que ántes siempre de gresca  
y de crápula estaba, ahora  
no sale de casa apenas,  
ni da un paso, ni hace nada  
sin que su mujer la vénia  
le otorgue.

CAR. Mujer dichosa! (Suspirando.)

ROS. Para que usted una idea  
forme de lo que es mi primo:  
su niño seis meses cuenta,  
y el Tenorio de ayer, hoy,  
para arrancar una nueva  
sonrisa de su boquita,  
las horas se pasa enteras  
agitando un sonajero  
ó sonando una trompeta  
y le mece... y hasta canta,  
para que despues se duerma.

CAR. En efecto, habrá muy pocos  
que tan buena pasta tengan.

ROS. Pero como en esta vida  
pagan algo de su cuenta  
los mortales, sin perjuicio  
de liquidarla en la eterna,  
mi primo, que es un esposo...

CAR. Rara excepcion de la regla.

ROS. Sin tacha...

CAR. De esos que ya  
solo se ven en comedias!

ROS. De sus escesos de antaño  
hoy sufre las consecuencias,  
pues su mujer, escamada  
de lo que fué, no le deja  
ni respirar, y le tira  
demasiado de la cuerda.

CAR. Pues podia esa señora  
ir á Felipe con esas.  
Del primer grito... es posible

ROS. que le saltara una muela!  
Ya verá usted lo que tarda  
en asomar por la puerta  
con el fin de cerciorarse,  
de una manera indirecta,  
de si vino aquí y á qué  
su marido.

CAR. Pero llega  
hasta ese extremo?...

CLARA. Se puede,  
prima?

ROS. No lo dije?... (A Carlota.)

CAR. Es ella! (A Rosa admi-  
rada.)

## ESCENA X.

Dichas y CLARA.

ROS. Por qué te detienes? Pasa. (A Clara que se  
habrá detenido en la puerta.)

CLARA. No me habias contestado...

ROS. El permiso es escusado  
para entrar en nuestra casa.  
Y aunque no te lo anticipe...

CLARA. Sí, pero al encontrarte ahora  
con visita...

ROS. Esta señora (Por Carlota.)  
es la esposa de Felipe,  
de quien nos habrás oído  
hablar.

CLARA. Es cierto.

ROS. Mi prima. (Presentándola  
á Carlota.)

CLARA. A Felipe se le estima  
aquí mucho, y mi marido...

CAR. Yo les doy gracias por él.

CLARA. Merecido lo tendrá  
cuando así le quieren.

CAR. Bah!...

CLARA. Si oyera usted á Rafaell...  
—Y Felipe... vino aquí?

CAR. Sí, conmigo.

CLARA. (No mentia.)

ROS. Ya, Clara, te lo diría...

CLARA. Pero yo no lo creí.

CAR. Sí, señora, á veces pasa...

- CLARA. Rafael me lo dijo, y esto...  
creí que fuera un pretesto  
para escaparse de casa.
- CAR. Pues esta vez no lo es.
- CLARA. Yo me doy mil parabienes.
- ROS. No, hija mia, no; ahí los tienes  
charla que charla á los tres.
- CLARA. Luego se vendrán quejando  
de que hablamos con esceso.
- ROS. Y si no hicieran más que eso!...
- CLARA. Qué hacen?
- ROS. Están conspirando.
- CLARA. Vamos, tú embromarme quieres.
- CAR. Cá! No señora.
- CLARA. Deliran!
- ROS. Quizá.
- CLARA. Y contra quién conspiran?
- ROS. Contra sus pobres mujeres.
- CLARA. Y lo consientes?
- ROS. Sí tal.
- CLARA. Y usted?... (A Carlota.)
- CAR. No me haria caso...
- CLARA. Pues eso yo no lo paso.
- ROS. No te vendrá ningun mal.  
Si peligra algun reposo,  
solo es el mio.
- CLARA. Y por qué?
- CAR. Rosariol!...
- ROS. Porque no sé (Con sentimiento.)  
hacer feliz á mi esposo.
- CLARA. Lo habia pronosticado.  
Bah! Si tú, sin perder ripio,  
le hubieras, desde un principio,  
cortito, muy corto atado!...
- CAR. Pues yo, sin que usted se ofenda,  
creo que eso es un error,  
y que vivirá mejor  
si le da toda la rienda.
- CLARA. Ay! Jamás tendrá ese gusto  
mi esposo!
- CAR. En esa materia...
- CLARA. Cada uno habla de la feria...
- CAR. Segun le va en ella, justo.
- ROS. Lo cierto es que la coyunda  
sienta á mi Manuel lo mismo  
que si fuera un sinapismo:  
que él la vida se circunda

de desdichas que soñó,  
y que yo le convencia  
de la aprension que tenia,  
cuando Felipe llegó,  
y al matrimonio haciendo ascos,  
echándola de plancheta,  
con yo no sé qué receta  
le ha levantado de cascos.  
Y los tres están...

CLARA. Traidores!

ROS. Con pretesto de fumar,  
ocupados en curar  
sus respectivos dolores.

CLARA. Rafael! (Llamándole.)

CAR. Deje usted...

CLARA. Bobada!

ROS. No quieres que se consuele?...

CLARA. A Rafael no le duele  
absolutamente nada.  
—Ni ustedes esa reunion  
deberian tolerar.

ROS. La mujer debe reinar  
tan solo por conviccion.

CLARA. Sufrir que en nuestro perjuicio  
anden en conspiraciones!

ROS. Quizá el mal que tú supones  
nos reporte un beneficio.

CAR. Me lo como!

CLARA. Qué bromazo!

ROS. Con que opinas les dejemos?...

ROS. Sí; mas que les aguardemos  
las tres con el arma al brazo.

CLARA. No comprendo...

ROS. En somaten  
se alzaron y no es prudente  
una oposicion de frente;  
pero unámonos tambien.

CLARA. Y qué plan piensas seguir?

CAR. (Ay! Si Felipe me atrapa!) (Despues de haber  
dado muestras de alegria al oír la proposicion de  
Rosario.)

ROS. Estarnos así... á la capa:  
esto es, á verlos venir.

CLARA. Bueno.

ROS. En cuanto á mi marido,  
como siga haciendo el tonto,  
yo le aseguro que pronto

llevará su merecido.  
Que se queje de aprension.

CLARA. Y, si no se enmienda, qué?...  
ROS. Si no se enmienda, yo haré  
que se queje con razon.

### ESCENA XI.

Dichas, TERESA y VALENTIN.

VAL. No digas... (A Teresa en el fondo.)

TER. Calla, mastuerzo.

VAL. Pero no ves que hay visita!...

TER. Y qué importa? Señorita... (A Rosario.)

ROS. Qué, Teresa? Está el almuerzo?

TER. Sí, señora.

CAR. Sin cumplido.

ROS. Entónces avisarás...

TER. Valentin. (Llamándole con imperio é indicándole la puerta de la derecha por la que Valentin se va diligente.)

ROS. Hola! Ya vas  
educando á tu marido?

CAR. Ah! Los dos?...

ROS. Va á ser la esposa...

CAR. Hija, Dios te ampare.

TER. El es

tan bueno!...

CLA. Ahora.

CAR. Sí, despues...

despues ya será otra cosa.

TER. Ca! Si el pobre se desvive...

CAR. No te fies de ese dato.

ROS. Aquí sale el triunvirato.

CLA. Les echamos el quién vive?

ROS. No, al revés.

CLA. Si de mis prontos  
me guiara en casos tales!...

CAR. Parecen tres criminales.

CLA. Tres bedüinos.

ROS. Tres tontos.

### ESCENA ULTIMA.

Dichas, MANUEL, FELIPE, RAFAEL y VALENTIN.  
Valentin sale delante, levanta la portier y van apareciendo uno á uno y algo preocupados los demás.

CLA. Cierto, por su aspecto insulso.

ROS. Qué tal, doctor? Qué tenemos? (A Felipe con intencion.)

- FELIPE. Nada; si apenas nos hemos podido tomar el pulso.
- ROS. Qué exámen tan minucioso!
- MAN. No nos dejais respirar.  
Pero despues de almorzar  
hablaremos con reposo.
- FELIPE. Puedes de mí disponer.
- ROS. Qué! Van á almorzar aquí  
Felipe y Carlota?
- MAN. Sí.
- FELIPE. (Ya se opone tu mujer. (A Manuel.)  
A darle por donde quema.)
- MAN. (Contigo reza el convite (A Rafael.)  
si es que Clara te permite...)
- RAF. (Pues cómo no!.. Y mi sistema?..) (A  
Manuel.)
- MAN. (Qué! Tú tambien?..) (A Rafael.)
- RAF. (Por supuesto.) (A  
Manuel.)
- MAN. (Pues señor, yo soy un bolo!)
- ROS. No, yo lo siento tan solo (Dirigiéndose á Car-  
lota y Clara con quienes habrá estado hablando.)  
por no haber nada dispuesto.
- MAN. Rafael se queda tambien.
- FELIPE. (Magnífico!) (A Manuel.)
- ROS. (Manuel hoy... ) (Pensativa.)
- RAF. No, primo, no; yo me voy...
- MAN. (Mas no dices?) (A Rafael reconviniéndole.)
- RAF. (Calma ten.) (A Manuel.)
- MAN. (Pero... ) (A Rafael.)
- RAF. (Ya verás.) (A Manuel.)
- MAN. (No entiendo... )
- RAF. No, no puedo acompañarte.
- CLA. Y por qué no has de quedarte?
- RAF. Me quedaré.—(Lo estás viendo?) (La pri-  
mera frase la dice en voz alta y como resignán-  
dose: la segunda á Manuel con satisfaccion.)
- MAN. (Vaya un logogrifo!)
- RAF. (Yo  
he estudiado á las mujeres. (A Manuel.)  
Ahora dime tu si quieres  
que Clara se quede ó no.)
- FELIPE. (Hombre. sí) (Animando á Manuel para que  
resuelva afirmativamente la proposicion de Ra-  
fael.)
- MAN. Tú tambien Clara... (Invitándola)
- RAF. Imposible. (Oponiéndose.)

- MAN. (No me esplico!..)
- CLA. Imposible?—Acepto, chico.
- RAF. (Se quedó.) (A Manuel con aire de triunfo.)
- MAN. (Cosa mas rara!...)
- FELIPE. (No quieres caldo? Pues llenos tres pucheros tomarás.)
- ROS. Bien; almorzaremos mas, pero comeremos ménos.
- CAR. Rosario, por Dios...
- FELIPE. (Amigo, te estás portando!) (A Manuel.)
- MAN. A la mesa!
- ROS. Quita el sombrero, Teresa... (Por el que llevará Carlota.—Teresa obedece.)
- MAN. Valentin, quita el abrigo. (Por el de Felipe.)
- FELIPE. (Si el látigo levantado tú tienes, serás feliz.) (A Manuel.)
- MAN. Te presento á un aprendiz... á un aspirante á casado. (Por Valentin.)
- FELIPE. Le instruiremos.
- VAL. Me acomoda.
- RAF. (Me quedo por darte gusto.) (A Clara con quien estará hablando en el centro.)
- CLARA. (Pues, hijo, te aguantas.) (A Rafael.)
- RAF. (A Clara.) (Justo.)
- CAR. (Con que es cosa hecha la boda?) (A Teresa que le estará quitando el sombrero, formando grupo con Rosario á la izquierda.)
- TER. (Señora, una á qué está, al fin?)
- MAN. (Mejor fuera que te ahorcases.) (A Valentin que estará quitando el gaban á Felipe, formando grupo á la derecha.)
- RAF. VAMOS? (En el centro.)
- CAR. (Antes que te cases...) (A Teresa.)
- MAN. (No te cases, Valentin.) (A Valentin.) (Se dirigen todos á la puerta del fondo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



---

---

## ACTO SEGUNDO.

---

La misma decoracion.

### ESCENA PRIMERA.

VALENTIN y TERESA.

- TER. Valentin, digo y repito  
que no te consiento, vaya,  
que en el juego de los amos  
te metas tú á tomar cartas.
- VAL. Si me las dan, no tendré  
más remedio que tomarlas.
- TER. No tendrás otro remedio?  
Pues nos veremos las caras.
- VAL. Pero, mujer, hazte cargo...
- TER. No me hago cargo de nada.
- VAL. Eres injusta.
- TER. Yo injusta?  
No, no es esa la palabra:  
lo que soy es precavida.
- VAL. Bah! Sin motivo te alarmas.
- TER. El forastero y el primo  
del señor profesan máximas,  
que yo no quiero que escuches  
ni mucho ménos que aplaudas.
- VAL. Yo aplaudir! Cuándo he aplaudido?
- TER. Tú piensas que estoy en Bábía!  
Sirviendo la mesa, ví  
que te hacian mucha gracia  
las pullitas de los amos,  
y, si lo he visto con calma,

- y no he roto alguna copa  
ó de ira vertí la salsa,  
ha sido por un milagro.
- VAL. Mas, Teresa, esta mañana  
no te he dicho que he aprendido  
una cosa, que no falla,  
y es que el hombre ha de hacer siempre  
lo que la mujer le manda?
- TER. Pues ya sabes lo bastante.
- VAL. Pero...
- TER. No hay pero que valga.
- VAL. Chist! Que vienen los señores.
- TER. Sí? Pues te llamas andana.

## ESCENA II.

Dichos, MANUEL, FELIPE y RAFAEL.

- MAN. Hablar aquí, si nos dejan,  
podremos á nuestras anchas.
- FELIPE. Cómo! Y aunque no nos dejen  
hablaremos. No faltaba!  
El hombre es el animal...
- MAN. Sí, ya sé, el rey!...
- RAF. El que manda.
- FELIPE. Y abdicar de sus derechos  
seria una inocentada:  
la semilla productora  
de su perpétua desgracia.
- MAN. De véras!
- FELIPE. Frescos estábamos  
si uno la cuerda aflojara.  
Un marido debe hacer  
su voluntad y acatarla  
la mujer.
- TER. Qué!—Valentin, (Alarmada á Va-  
lentin.)  
creo que afuera te llaman.
- FELIPE. El hombre! Bah! Friolera!...
- TER. Valentin!
- VAL. Déjame.
- MAN. Calla! (Viendo á Teresa  
á Valentin.)
- FELIPE. Es el rey de la creacion.
- MAN. Teresa, adentro harás falta.
- TER. Sí, señor, si ya nos ibamos.
- MAN. Valentin que no se vaya.

VAL. Está bien.—Ya ves... (La segunda frase á Teresa disculpándose.)

RAF. Aquí  
solo están de más las faldas.

TER. (Me lo van á malear.)

FELIPE. Tú, con las señoras, anda.

TER. Ya voy.

VAL. Yo no tengo culpa... (A Teresa; pero revelando alguna complacencia.)

TER. Bien; pero no te relamas. (A Valentin con sorna.)

(Pues lo que es yo he de enterarme de cuanto digan, caramba!) (Vase fondo de recha.)

### ESCENA III.

MANUEL, FELIPE, RAFAEL y VALENTIN:  
despues TERESA.

MAN. Pues solos hemos quedado,  
se abre la sesion. (Sentándose junto al velador  
y sonando el timbre.)

FELIPE. Olé!

MAN. Qué es eso? (Al ver á Teresa que se presenta.)

TER. Llamaba usted?

MAN. Yo llamar!

TER. Pues si ha sonado!...

MAN. Pues no eres poco eficaz! (Levantándose y  
conduciendo al fondo á Teresa.)

Ven, hija, ven.

TER. Yo creí...

MAN. Mal creido!—A ver si así (Cerrando la puerta  
del fondo despues de hacer que se vaya por ella  
Teresa.)

podemos hablar en paz.

### ESCENA IV.

Dichos, menos TERESA.

FELIPE. Vamos, hecho una jalea  
por tí está ese cuerpecito. (A Valentin.)

VAL. Cál!

MAN. Valentin. (Llamándole y sentándose.)

VAL. Señorito.

MAN. Cigarros.

RAF. Sí.

FELIPE. Buena idea! (Vase Valentin puerta derecha.)

## ESCENA V.

Dichos, menos VALENTIN.

RAF. Fuma este una regalía  
que resucita á un difunto.

FELIPE. Hola!

MAN. Vamos al asunto  
que á la órden quedó del dia.

RAF. Sin fumar? Aguarda un poco.

## ESCENA VI.

Dichos y VALENTIN.

MAN. (Viendo á Valentin que sale por la puerta de la derecha con una caja de cigarros.)

Abierto queda el estanco.

FELIPE. Yo, Manolo, no soy manco. (Tomando la caja.)

VAL. (Pues yo no lo fuí tampoco.) (Enseñando un cigarro.)

RAF. Ya no habrá más digresion. (Tomando un cigarro.)

FELIPE. Chico, chico, Partagás! (Examinando la caja y despues de haber tomado un cigarro.)

MAN. Valentin, tú asistirás  
á la presente reunion. (Tomando un cigarro.)

VAL. Yo! (Sonriéndose.)

MAN. No lo tomes á risa.

FELIPE. Ya te será de provecho.

VAL. Mas, señor, con qué derecho?

MAN. Te pondremos cortapisa.

FELIPE. ¿Por qué no darle sin coto  
de casado los honores?

MAN. Porque aun no ejerce, señores,  
y no es justo tenga voto.  
Tendrá voz.

VAL. O bien catarro...

Quite el voto y quite usted  
cuanto quiera. (Con tal que  
no me quite este cigarro.) (Sacando á hurtadillas el que ántes mostró.)

- RAF. Pues al grano.  
FELIPE. Al grano, pues.  
MAN. Cuando vino este mastuerzo  
y con la voz del almuerzo  
nos interrumpió á los tres,  
decia yo: un desatino  
es el lazo conyugal.
- RAF. La razon.  
MAN. Porque es igual  
que la mezcla de agua y vino,  
con la cual, y es lo notable,  
hacer consiguen las gentes  
de dos cosas escelentes  
una cosa detestable.
- FELIPE. Detestable!  
MAN. Sí, á mi modo  
de pensar.
- RAF. Que no aprobamos.  
FELIPE. En el matrimonio, vamos,  
no es tan detestable todo.
- RAF. Tiene dulzuras que...  
MAN. Acaba;  
dulzuras que no me explico.
- RAF. Cuando tú tengas un chico!...  
MAN. Un chico yo! Eso faltaba!  
FELIPE. Lo del chico es un regalo  
que yo te cedo.
- MAN. Lo ves?  
FELIPE. Mas con chico y todo no es  
el matrimonio tan malo.
- RAF. Estoy conforme.  
MAN. Demonio!  
—Y tú tambien? (A Valentin.)  
VAL. Yo no sé  
todavía...
- MAN. A ver. Pues qué!...  
Qué cosa es el matrimonio?  
RAF. Hombre...  
FELIPE. Pche...  
MAN. Respuesta exijo  
categórica, señor.  
Mas ya la ha dado un autor  
á quien aplaudo (1).
- RAF. Y qué dijo?

---

(1) D. M. Ossorio y Bernard.

- MAN. Que es pacto bilateral  
y hasta negocio tambien  
que hacen dos, que viven bien,  
para vivir luego mal.
- FELIPE. Es un falso testimonio.
- RAF. Y tan falso.
- MAN. No lo veo.
- VAL. Bah! Pues yo tampoco creo  
que eso sea el matrimonio.
- MAN. Tú tampoco?
- VAL. Ya lo he dicho,  
con perdon de usted.
- MAN. Los tres!
- RAF. Aquel que vive mal, es  
porque tiene ese capricho.
- FELIPE. Justo, porque discurrir  
no quiere un poco.
- MAN. Hay tal tema!
- RAF. Porque no tiene sistema.
- VAL. Porque no sabe vivir.
- MAN. Pero cómo en la anarquía  
conyugal se vive en paz?
- FELIPE. Con mi receta eficaz.
- RAF. Con la mia.
- VAL. O con la mia.
- MAN. Luego, al apretar el nudo,  
en la lid no debe entrar  
ningun hombre sin estar  
bien armado de un escudo?  
Yo, indefenso, me entregué...  
y lo natural sucede:  
está visto: uno no puede  
casarse de buena fé.
- FELIPE. Mas qué te pasa y te ahoga?
- MAN. Qué me pasa?
- FELIPE. Dinos pronto.
- MAN. Pues lo que le pasa al tonto  
que se echa al cuello una sogá.  
Que junto á la chimenea  
decido una noche estar,  
y esa noche hay que llevar  
á la esposa á oír *La Hebreá*.  
Que, cuando dormir deseo,  
la esposa ordena que polke  
ó me conduce á remolque  
á ganar el jubileo.  
Que si algun cigarro saco

por placer, ó por capricho  
ó recordando aquel dicho  
de á mal dar tomar tabaco,  
aun no sentido el perfume,  
que tantos encantos tiene,  
la tos de la esposa viene  
á prohibirme que fume. (Todos rien.)

Vaya, no tomarlo á guasa:  
todo cuanto referí,  
todo, y más, me pasa á mí;  
porque, en fin, á mi me pasa  
lo mismo que pasa al cabo  
al que vive en libertad  
y, por propia voluntad,  
se convierte en un esclavo.  
Me pasa lo que le pasa  
al solemne majadero  
que se relame soltero  
y se descuida y se casa.  
Me pasa lo que al mortal  
que hecho un bobo dice amen,  
y renuncia á vivir bien  
para vivir siempre mal.

FELIPE. Mas todo eso, en buena ley,  
te pasa porque tú quieres.

MAN. Ay, Felipe! Las mujeres!...

FELIPE. El hombre, chico, es el rey!...

MAN. Mas cómo te las compones  
tú, magestad poderosa,  
cuando quieres una cosa  
y tu reina dice nones?

FELIPE. Le advierto que se desmanda  
con muchísima dulzura.

MAN. Y si la reina, criatura,  
con tu arropo no se ablanda?

FELIPE. Hago una cosa sencilla  
con la que el triunfo me doy:  
le digo entónces que voy  
á romperle una costilla.

MAN. Y ella de rabia no estalla,  
ni llora, y al fin te vence?

FELIPE. Nada de eso: se convence  
con la amenaza y se calla.  
Ese es el medio eficaz  
que suelo emplear, Manuel.

RAF. Pues es malo.

FELIPE. Gracias á él,

- mi gusto hago y vivo en paz.  
MAN. Qué hombre sin que se rebaje  
ú ofusque?..
- FELIPE. Yo no me ofusco.  
MAN. Mira, es un medio...  
RAF. Muy brusco.
- MAN. Yo diria muy salvaje.  
FELIPE. Si no entendeis la pillada.  
MAN. Tú dices á tu mujer...  
FELIPE. Sí! Que le voy á romper...  
mas nunca le rompo nada.  
RAF. Lo del adagio español:  
perro que ladra, no...  
MAN. Ya!  
Este apunta, mas no dá.  
FELIPE. Pues.  
MAN. Como un reloj de sol.  
RAF. Eso dulcifica un poco...  
FELIPE. Pero, hombre, quién tiene pecho  
para hacer del dicho un hecho?...  
Ni que estuviera uno loco!  
MAN. Convenido: la amenaza  
no pasa de ahí.  
FELIPE. Respondo...  
MAN. Pero, contesta: ¿en el fondo,  
dejas de tomar la traza  
de un bárbaro domador  
que argumenta con el palo?  
RAF. Para mí, Felipe, es malo  
el sistema del terror.  
MAN. Malísimo.  
FELIPE. Desvarío.  
Es muy buen sistema.  
RAF. No  
VAL. Quieren ustedes que yo  
les diga cuál es el mio?  
MAN. Sí, que nos lo participe.  
RAF. Que hable el aspirante.  
VAL. Pues  
completamente al revés  
opino que don Felipe.  
MAN. Oiga!  
VAL. En una cosa igual  
pienso.  
FELIPE. En qué te satisface?  
VAL. En eso que usted nos dice  
que el hombre es un animal.

Mas pensar que las mujeres  
con este ó el otro modo  
nos van á dar gusto en todo,  
lo que es eso, que si quieres!  
Con mimos ó con querellas,  
santo sea ó Lucifer,  
el hombre siempre ha de hacer  
aquello que quieran ellas.  
Por lo tanto, es bobería  
buscar la guerra indefenso.  
Yo á mi Teresa no pienso  
decirle esta boca es mia.  
Nada de eso, y pues con calma  
lo tengo bien decidido,  
al convertirme en marido,  
encomendaré á Dios mi alma,  
me entregaré á mi mujer  
con ciega conformidad,  
y... hágase su voluntad  
que es la que, al fin, se ha de hacer.

MAN.

Ay! con esa sangre fria,  
Valentin, vas á perderte,  
y, por tu bien, voy á hacerte  
una triste profecía.  
Si este pega, á quien se entregue  
siguiendo el opuesto norte...  
es fácil que su consorte... (Significando  
pegar.)

VAL.

Le pegue?

MAN.

Y que se la pegue,  
lo cual es mucho peor.

VAL.

Sí? (Escamado.)

RAF.

Seguro.

FELIPE.

Tú hazte el tierno...

VAL.

No, pues lo que es eso, ¡cuerno!  
yo no lo aguanto, señor!

RAF.

Vaya, voy á hablar yo ahora,  
si es que hablar se me consiente,  
y verán cuan fácilmente  
se maneja á una señora.  
No hay una que su poder  
por la fuerza bruta ejerza:  
locura es que por la fuerza  
la quiera el hombre vencer.  
Gran hazaña que á la malva  
aplaste el potente roble:  
eso, á más de no ser noble,

es gastar pólvora en salva.  
Mas de qué poder disfruta  
con nosotros la mujer?  
De qué poder? Del de ser  
soberanamente astuta.  
Pues esto sabido, tate,  
en lugar de hacer el bruto,  
debe el hombre hacerse astuto  
pues de astucia es el combate.  
—Conviene, ante todo, un nene.

MAN. Dále!

VAL. Sí?

RAF. Conviene un chico.

FELIPE. Pero, hombre, yo no me explico...

RAF. Tampoco yo; mas conviene.

—Una nueva observacion:  
la mujer, lo pruebo al canto,  
es espíritu... y no santo,  
sino de contradiccion.  
Pues bien, con este detalle  
y el otro...

MAN. Ya, el consabido  
del chico.

RAF. Es bobo el marido  
que á su mujer no avasalle:  
que no haga de su costilla  
lo que quiera, hablando en plata.  
Y la receta es barata:  
si es la cosa más sencilla!...  
Ejemplo: yo salir quiero:  
pues me siento, y es bastante  
para que venga al instanté  
mi esposa á darme el sombrero.  
Que quiero quedarme, y pasa  
al revés; finjó salir,  
y empieza Clara á gruñir  
para que me quede en casa.  
Este es el medio eficaz,  
la receta, á que me ajusto:  
gracias á ella, hago mi gusto  
y logro vivir en paz,

MAN. Pues, señor, no me parece  
mal esa combinacion. (Levantándose.)

FELIPE. Revela gran discrecion; (Id.)  
pero yo sigo en mis trece,  
porque tú á tu gusto pintas...

RAF. No creas.

- FELIPE. No he de creer?  
Entre marido y mujer  
no caben las medias tintas.
- VAL. Pues, don Rafael, á mí  
su plan de usted me gustó;  
mas tener que decir no  
para que se entienda sí...?
- MAN. Es mejor tu buena fé!  
Te conviertes en esclavo...
- VAL. Mas y si se cumple al cabo  
la profecía de usted!
- FELIPE. Nada, sigue mi sistema.
- RAF. El sistema de la vara.
- MAN. Sin embargo, mira, para  
una situacion extrema,  
y á fin de hacer más perfecto  
tu plan astuto, que admito,  
una amenaza ó un grito  
eh? no harian mal efecto.
- RAF. Hombre, como extraordinario...
- MAN. Y en esos dias no más  
que repiquen gordo, estás?
- FELIPE. Vamos.
- MAN. Pero, de ordinario,  
tu receta. Y eso que  
lo del chico, francamente,  
es un gran inconveniente...  
Hombre, suprime el bebé!  
Lo demás, me gusta.—Quiero  
ver si para el caso valgo.  
Escena.—Manuel; no salgo.  
Rosario: toma el sombrero.—  
Pues que me quiero acostar.  
Yo.—Esta noche hacen un drama!...  
Ella.—Sí? Pues á la cama.—  
Y cuando quiera bailar?  
Yo.—Mujer, estoy cansado.  
Ella.—Pareces un fraile.  
Ea, vístete y al baile.—  
—Pues al baile!—Qué! (Dos golpes en la  
puerta detienen á Manuel en actitud de lanzarse  
al baile.)
- FELIPE. {  
RAF. { Han llamado.

## ESCENA VII.

Dichos y TERESA dentro.

MAN. Quién?  
TER. (Dentro.) Soy yo.  
VAL. Teresa.  
MAN. Alerta.  
TER. Traigo una carta.  
VAL. Abriré?  
MAN. Abre. (A Valentin.)  
TER. No, se la echaré  
por debajo de la puerta.

## ESCENA VIII.

Dichos ménos TERESA.

MAN. Recógela. (A Valentin que recoge la carta que  
habrá echado Teresa por debajo de la puerta.)  
FELIPE. Sin cumplido  
entérate de qué es ello.  
VAL. Tome usted. No tiene sello.  
RAF. A la mano habrá venido.  
MAN. Muy urgente; para mí, (Fijándose en el  
sobre.)  
y por mi mujer escrita!  
Pero calle! En comandita! (Viendo la carta.)  
FELIPE. De véras?  
MAN. Y en verso!  
RAF. Sí?  
MAN. «De tres hombres muy dichosos, (Leyendo)  
un favor inmenso imploran  
tres desgraciadas que lloran  
la ausencia de sus esposos.  
Para calmar nuestro afán,  
dígannos, ¡ay! si los vieron,  
que hace un siglo que se fueron  
y Dios sabe si vendrán!»  
RAF. Por lo visto, están de broma.  
MAN. Ya nos cantan el Mambrú.  
FELIPE. Pues yo no lo aguanto. Y tú?  
MAN. Hombre...  
RAF. Eso á risa se toma.  
FELIPE. Rafael, quien la hace, págala,  
y por hacerla no estoy:

el Mambrú, que aplaudes hoy,  
es el prelude del Trágala.

MAN. Abrimos la puerta?

FELIPE. Eso es,  
vas imprudente á ablandarte!..

RAF. Qué harías tú?

FELIPE. Por mi parte,  
no la abriria en un mes.  
Que purgaran el bochorno  
hasta que se arrepintieran.

MAN. Justo, chico, y que nos dieran  
la comida por un torno.

VAL. Ay! Qué bueno!

FELIPE. En este instante,  
no quisiera que Carlota,  
con su alarde de chacota,  
se me pusiera delante.

MAN. Mas si entra...

FELIPE. Si ántes no salgo,  
aunque esté con sus amigas,  
se expone...

MAN. A qué? A que le digas  
que le vas á romper algo?

RAF. Señores, tengo una idea  
para evitar el peligro.

FELIPE. Es que, os lo advierto, yo emigro  
si la entrada se franquea.

RAF. Nos iremos los tres.

MAN. Pero...

FELIPE. Y á dónde?

RAF. No ha de pesarte.

FELIPE. Corriente.

RAF. Quiero enseñarte  
mi palacio y mi heredero.

MAN. Este nos va á consumir  
con su vástago dichoso.

RAF. Ya quisieras tú... envidioso!

MAN. Valentin, puedes abrir.

VAL. Voy, y una vez que se puede, (Abriendo.)  
penetre la luz del dia  
y el Señor, que nos la envia.  
Mas, calle! Chist!

MAN. Qué sucede?

VAL. Las señoras!

MAN. Ay, qué escena!

FELIPE. Las del Mambrú! Nos veremos.  
Valor!

RAF. Astucia!  
VAL. Observemos.  
MAN. Dios nos la depare buena!

## ESCENA IX.

Dichos, ROSARIO, CLARA, CARLOTA y TERESA.

ROS. No darse por entendidas. (A Clara y Carlota.)  
CLARA. Es que no sé si podré.  
CAR. Ni yo. (Cuánto humo!)  
CLARA. (Ay, qué atmósfera!)  
ROS. (Si parece esto un cuartel!)  
RAF. Oh! Señoras...  
CLARA. (Farsantel!)  
FELIPE. (Este  
lo va á echar todo á perder.)  
VAL. Por qué me miras así? (A Teresa.)  
TER. Si no te mirara...  
VAL. Pues?  
TER. (Lo que es media profecía  
se cumple, ó dejo de ser!..)  
RAF. Con que, qué tal lo han pasado?  
CLARA. Qué tal? (Ya te lo diré.) (Tosiendo.)  
ROS. Con la amable compañía  
de ustedes, vaya, muy bien!  
MAN. (Relampaguitos tenemos.)  
FELIPE. Déjalas. (A Rafael.)  
MAN. Vais á creer  
que hemos estado sin duda  
aquí de jaleo y de?..  
Pues, señoras, nada de eso,  
nosotros aquí tambien  
hemos lamentado, y mucho...  
ROS. No, no te esfuerces, Manuel,  
que ya lo sabemos, digo,  
ya lo suponemos. (Tose.)  
MAN. (Eh!  
Tambien tose! Vaya un duo!)  
ROS. (Es preciso hacer con él  
un escarmiento ejemplar  
para que sepa...)  
CAR. Y usted,  
señor D. Felipe? (A Felipe.)  
FELIPE. Cómo!  
CAR. Nada dice?

FELIPE.

(San Andrés!)

Yo creo que se me sube (A Manuel y Rafael en confianza.)

á las barbas mi mujer.

CAR.

Para mí, es muy sorprendente que tan silencioso esté, porque Felipe habla mucho!

ROS.

Por eso calla tal vez.

RAF.

Prudencia. (Conteniendo á Felipe.)

CAR.

(Que me venga ahora con gritos.) Ejem! Ejem! (Tose.)

MAN.

(Bravo! El duo ya es terceto.)

RAF.

(Vaya un modo de toser!)

VAL.

(Es chistoso!)

FELIPE.

(Por lo visto, (A Manuel y Rafael.)

se han resfriado las tres.)

MAN.

Y lo malo no es que tosen, sino que nos tosen.

FELIPE.

Qué!

MAN.

Teresa falta! Oye y tú por qué no toses tambien?

TER.

Como Valentin no fuma, ya ve usted, no es menester.

MAN.

Qué tal! Es por los cigarros?

ROS.

Sí, por los cigarros: quién resiste estas chimeneas? Por fuerza les ha de hacer daño estar chupa que chupal...

MAN.

Aplaudimos tu interés; mas puedes tranquilizarte; que te digan Rafael y Felipe; no es verdad que no nos daña?

FELIPE.

Al revés.

RAF.

Dañar!

VAL.

(A que al fin se salen ellas con la suya?)

ROS.

Pues

si á ustedes no les daña y les sirve de placer, á nosotras nos molesta; pero mucho, como ven, y á un simple gusto no pueden sacrificar un deber de cortesía, del cual no hay reglamento, ni ley,

- ni costumbre, ni razon  
que les exima, á no ser  
que ustedes crean que quita  
lo marido á lo cortés.
- MAN. No nos lo dice más claro  
ni el mismo padre Claret.
- FELIPE. Anda, burla con tu astucia  
ese ataque, Rafael.
- RAF. Mira, Felipe, siquiera  
porque dejen de toser,  
cedamos. (Tirando el cigarro.)
- FELIPE. Bueno.
- VAL. (Cayó uno.)
- MAN. El hombre, chico, es el rey!... (A Felipe  
con ironía y tirando el cigarro.)
- VAL. (Y van dos.)
- FELIPE. Dí tú que sola  
tosiera aquí mi mujer;  
pero, en fin... (Tira el cigarro.)  
(Cayeron todos.)
- VAL. Bravo! (Aplaudiendo.)
- CLARA. Magnífico! (Idem.)
- CAR. Bien! (Idem.)
- ROS. Si es tontería, señor!... (Vásc.)
- VAL. A dónde, á dónde irá aquel?... (Persiguien-  
do á Valentin.)

## ESCENA X.

Dichos, ménos TERESA y VALENTIN.

- ROS. No esperábamos de ustedes  
otra cosa.
- FELIPE. Ya lo veis,  
se nos rien.
- ROS. Y eso, vamos,  
que no inspiraban gran fé.
- MAN. Gracias.
- ROS. La culpa es de ustedes.
- RAF. Sí?
- ROS. De ustedes...
- FELIPE. (Vaya un juez!)
- ROS. Que un precedente sentaron  
que no hacia suponer...
- MAN. Un precedente?
- ROS. Fatal.
- FELIPE. Vámonos. (A Manuel y Rafael.)

- RAF. Calla. (A Felipe.)  
MAN. Y cuál es?  
CLARA. Jesús, qué frágiles son  
de memoria!  
ROS. Es que tal vez  
no saben lo que se han hecho.  
CAR. Quizá.  
MAN. Y qué hemos hecho?  
ROS. Qué?  
RAF. Sí, sí, que se diga!  
ROS. Oir,  
como quien oye llover,  
el ruego de tres señoras  
que lloraban su viudez.  
Dar carpetazo á una carta...  
FELIPE. La del Mambrú?  
ROS. Qué tal, eh?  
Mire usted, mire usted cómo  
saben.  
CAR. Pues no han de saber!  
MAN. Qué más respuesta que abrir  
la puerta?  
ROS. Cierto, algo fué.  
Abrieron la puerta! (A Carlota y Clara en  
tono de burla.)  
FELIPE. (A Manuel y Rafael escamado.) Vámonos.  
MAN. Se van todas á oponer. (A Felipe.)  
RAF. Y mi sistema? (A Felipe y Manuel con orgullo.)  
FELIPE. Pamplina!  
Si quieres, yo arreglaré... (Decidido.)  
MAN. Atempérate, Felipe: (Deteniéndole.)  
puede que este, con la miel, (Por Rafael.)  
alcance mas.  
FELIPE. Cobardones!  
MAN. Anda, chico. (Animando á Rafael.)  
RAF. Probaré.  
—No, Felipe, tiempo habrá:  
yo agradezco tu interés;  
mas no me parece justo  
que ahora, por satisfacer  
un capricho tuyo...  
FELIPE. (Mio!)  
RAF. Condenemos á estas tres  
señoras tan apreciables  
á una segunda viudez.  
CLARA. Cómo se entiende!  
CAR. Qué ha dicho!

- ROS. No es posible.
- MAN. Ay, Rafael,  
presiento que nos arañan  
de esta hecha.
- FELIPE. Me alegraré!
- CLARA. Yo no consiento!
- CAR. Ni yo!
- FELIPE. Doña Carlota también  
alza el gallo!
- ROS. Por lo visto,  
van á encerrarse otra vez;  
pero ustedes han pensado,  
han podido suponer  
que todos sus caprichitos  
tienen fuerza de una ley,  
y que siempre han de encontrar  
en nuestra boca un amen?  
Han creído acaso ustedes  
que se han casado los tres  
para pasar enjaulados  
su vida, y que su mujer  
puede contentarse con  
decirles de mes á mes,  
lo mismo que á los loritos:  
—Daca la pata, Manuel.
- CAR. O don Felipe.
- CLARA. O... etcétera.
- MAN. Te llamó etcétera. (A Rafael.)
- RAF. Bien. (Sin hacer caso.)
- FELIPE. Yo no puedo contenerme.  
Mas, señora, olvida usted  
lo que es el hombre?..
- MAN. Felipe!... (Conteniéndole.)
- ROS. Qué es el hombre? (Provocándole.)
- FELIPE. Dejamé! (A Manuel que  
le contiene.)  
Pues, señora, el hombre es...
- MAN. (Tapándole la boca.) Calla.
- ROS. El rey ha dicho?
- CAR. Sí, el rey.
- FELIPE. Yo no he dicho rey ni Roque.
- CLARA. Yo lo he oído.
- CAR. Y yo también.
- FELIPE. Con que ustedes lo han oído?
- ROS. Vaya, y yo.
- FELIPE. Pues oír es!

- RAF. Pero vamos al asunto.  
MAN. Vamos á él.  
RAF. No se trata de encerrarnos.  
MAN. Nadá de eso.  
ROS. Pues de qué?  
RAF. De que Felipe me dijo  
que queria conocer  
á mi niño.  
MAN. Justo, sabes?  
Este... dijo á Rafael  
que queria...  
RAF. Y yo le dije...  
pero, chico, ahora ha de ser?...  
MAN. Déjalo para otro dia...  
RAF. Estamos aquí tan bien!...  
MAN. Cabal, estamos aquí  
en familia, al lado de...  
nuestras mujercitas, vaya...  
RAF. De aquí no me he de mover,  
no señor...  
MAN. Pues yo tampoco  
he de moverme... porque,  
mira, Felipe queria  
que yo subiera tambien.  
ROS. Quieren irse. (A Clara y Carlota.)  
CLARA. Mas no cuela.  
CAR. Sí, ya sabemos el pié  
de que cojean.  
RAF. Y callan!  
MAN. Qué flasco, chico!  
FELIPE. Hoy el pez  
tragar no quiere el anzuelo.  
RAF. Con que ustedes ya lo ven:  
no salimos.  
ROS. Muchas gracias.  
MAN. Y no nos sentamos?...  
RAF. Pche...  
si estás decidido...  
MAN. Yo?  
Piensas que voy á ceder?  
CLARA. (Seria lo mismo, amigo!)  
ROS. Conviene, por esta vez, (A Clara y Carlota.)  
que hagan su gusto.  
CLARA. Su gusto!  
CAR. Rosario!  
ROS. Luego os diré...  
MAN. Ya estoy sentado.

- RAF. Pues, mira,  
si por mí no ha de llover!.. (Sentándose)
- FELIPE. Ni por esas. (A Manuel y Rafael.)
- ROS. Ay, qué gracia! (Riéndose.)  
No te ries tú, y usted? (A Clara y Carlota.)
- FELIPE. Ni la Paz y Caridad  
os levantan.
- RAF. Puede que...
- ROS. Qué chistoso!!
- CAR. Vaya! (Riéndose.)
- CLARA. Mucho! (Idem.)
- MAN. Oiga!—Riamos tambien! (A Rafael y Felipe.)
- RAF. Conque es chistosa la cosa?
- ROS. Si es chistosa? No ha de ser.
- MAN. Anda, riete, Felipe. (Rien todos.)
- ROS. Si parece que teneis  
el don de errar.
- MAN. Cómo es eso?
- ROS. Mi primito Rafael,  
y tú igual, en este instante  
echariais é correr  
por el capricho más tonto,  
con terrible impavidez;  
mas se trata de cumplir  
un gratísimo deber  
que les impone el cariño  
de un amigo antiguo y fiel,  
y, en vez de escapar, qué hacen?  
Ustedes mismos lo ven:  
con—¡ay, Jesus! Yo no salgo!  
Yo no deajo á mi mujer!—  
se pegan á los asientos  
como si tuvieran pez.
- MAN. Es que, mira, si nosotros (Levantándose.)  
sabido hubiéramos que...
- RAF. Que ustedes no se enfadaban... (Idem.)
- CLARA. Enfadarnos!
- CAR. Al revés.
- ROS. Sentimos la ausencia mucho.
- CAR. Muchísimo!
- CLARA. Ya se vé.
- FELIPE. Mas no la pueden llorar.
- ROS. Como la causa, al fin, es  
tan atendible...
- CAR. Cabal.
- ROS. Felipe desea ver  
al niño...

- CAR. Pues no le priven...  
CLARA. Ay, sí, sí! Véalo usted!  
FELIPE. Pues señor, yo estoy en Bábía!  
RAF. Qué tal? (Muy ufano á Felipe.)  
MAN. Bravo!  
RAF. Tú lo ves?  
ROS. Tome su real magestad. (A Manuel presentándole el sombrero.)  
CAR. Dígnese el Czar... (A Felipe dándole el sombrero.)  
CLARA. (A Rafael idem.) Tome el rey.  
MAN. Muchas gracias. (A Rosario tomando el sombrero.)  
RAF. Te agradezco... (A Clara id.)  
FELIPE. Sabes que observo, mujer, que te vuelves muy punzante? (A Carlota tomando el sombrero con malos modos.)  
CAR. Quién! Yo?  
MAN. Vaya, hasta despues.  
RAF. En seguida bajaremos.  
ROS. Sin prisa.  
CLARA. Cuando gustéis.  
MAN. Así que este vea al niño...  
ROS. Que le vea á su placer.  
MAN. Oh! Receta milagrosa! (A Felipe y Rafael.)  
FELIPE. Tengo en la mia mas fé...  
ROS. Que salen sus magestades! (Al ver que se disponen á irse Manuel, Rafael y Felipe, y formando en fila con Clara y Carlota.)  
Parada! Presenten! Er!! (Rosario, Carlota y Clara ejecutan lo que indica el último verso y tararean por lo bajo la marcha real al pasar Manuel, Rafael y Felipe.)  
MAN. Están de humor! (Escamado, sonriendo.)  
RAF. (Sonriendo tambien.) Pobres!  
FELIPE. (Irritado.) Pobres?  
MAN. Muy ingenioso! (Saludando al pasar.)  
RAF. Muy bien! (Lo mismo.)

## ESCENA XI.

ROSARIO, CLARA y CARLOTA: despues TERESA y VALENTIN.

- ROS. Vaya, no hay que perder tiempo.  
CLARA. Qué plan es el tuyo?  
ROS. El mio?

Dar á esos tres reyes... magos,  
que á adorar van á tu niño,  
una leccion soberana. (Suena el timbre.)

CAR.

De véras?

ROS.

Como lo digo.

No en vano tras esa puerta  
hemos de haber sorprendido  
sus farsas.

CLARA.

Y ellos aquí  
discutiendo tan tranquilos...!

ROS.

Como estaban encerrados!...

Oh! Los hombres son muy listos!

—Y Valentin? (A Teresa que aparece por el  
fondo derecha.)

TER.

Valentin! (Llamándole desde  
la puerta.)

Estás sordo? —Le abomino. (Bajando al  
proscenio.)

Me tiene frita la sangre!

Cá! Si no parece el mismo.

ROS.

Te lo han maleado.

TER.

Y tanto;

pero saldrá mal conmigo.

Que te llama la señora. (A Valentin que apa-  
rece fondo derecha.)

ROS.

Valentin, dile á Domingo  
que enganche el landó.

VAL.

Que enganche?...!

ROS.

Pero á escape.

TER.

No has oido?

VAL.

Vaya.

TER.

Pues vuela, ó sino!..

VAL.

(Me amenaza! San Dionisio!

Se cumple la profecía  
triste de los señoritos!)

## ESCENA XII.

Dichos, ménos VALENTIN.

CLARA.

Por qué mandas enganchar?

ROS.

Porque hace un dia magnífico,  
y ya que nos abandonan  
nuestros señores maridos,  
mejor que estarnos aquí  
contemplándonos, opino  
que será dar unas vueltas,

si es que en ello convenimos,  
por la Fuente Castellana.

CAR. Ay! Sí, que yo no la he visto. (Animada.)

CLARA. No? Pues le va á usted á gustar. (Id.)

TER. Buen golpe!

ROS. Pues al avio! (Teresa pone el sombrero á Carlota.)

No faltará algun fisgon  
que diga que no vestimos  
*comme il faut*.

CLARA. Ya sabes que  
la gente de los domingos  
no es muy rigorista.

CAR. Y yo  
daré que hacer á algun crítico?

ROS. Va usted muy bien.

CAR. Muchas gracias.

CLARA. Divinamente.

CAR. Repito...

ROS. Tú que ponerte tendrás (A Clara.)  
un sombrero de los míos.

Teresa, saca...

TER. En seguida.

CLARA. Cualquiera. (Váse Teresa puerta izquierda.)

### ESCENA XIII.

Dichas, ménos TERESA.

ROS. Siento muchísimo (Tomando el sombrero que dejó en el primer acto y que se pone ayudada de Clara.)  
obligarte á que...

CLARA. Bah! todos  
los tuyos son muy bonitos,  
y ganaré con el préstamo.

ROS. Si no, paciencia: es preciso  
hacerlo de esta manera,  
pues si á tu casa subimos  
ó enviamos...

CLARA. Ni pensarlo:  
entónces nuestros maridos  
se enteraban: pero escucha,  
cierta estás de que habrán ido  
á casa? Mira, Rosario,  
que la visita del chico

podría ser un pretesto  
nada más.

ROS. Qué desatino!

No lo creas.

CAR. Oiga usted,  
pues no había yo caído.....

ROS. Usted también desconfía?

CAR. Claro está que desconfío.

ROS. Mal hecho, y hay que enmendarse.

CLARA. Tú ya sabes lo que ha sido  
Rafael.

ROS. Pues más tranquila  
debe tenerte eso mismo.

CAR. Luego entonces yo...

ROS. Felipe  
ha sido siempre un bendito  
y lo será.

CAR. Pues yo no  
las tengo todas conmigo.

ROS. Pues yo sí, y les aconsejo  
calmen su ánimo intranquilo  
por lo que toca á este punto,  
que si ustedes, sin motivo  
ó con él, de sus esposos  
desconfían, con el mío  
están y yo tengo mucha  
confianza en mi marido.

CLARA. Tu eres muy buena.

ROS. Soy justa,  
y á él y á mí justicia rindo:  
pues, confiando en mi esposo,  
no le ofendo y yo me estimo!

CLARA. Eso es prudente.

CAR. En efecto.

ROS. Pues basta ya con lo dicho.  
Imiten mi ejemplo, y... vamos,  
ponte el sombrero.

#### ESCENA XIV.

Dichas y TERESA. (Con un sombrero.)

CLARA. Qué lindo! (Mirando el  
que saca y le pone Teresa.)

TER. Le gusta á usted?

ROS. Date prisa,  
y á castigar á esos pícaros

- que, con su teje maneje,  
muy formales han creído  
que la vida conyugal  
era juego de chiquillos.
- CAR. Y pensar que el muy tunante  
de Felipe, con sus gritos,  
me ha tenido á mí en un puño!
- TER. Si usted lo hubiera sabido!...
- CLARA. Pues y Rafael, señora,  
con sus farsas!... El muy pillo!
- ROS. Oh! Ya les haremos ver  
muy pronto que es un delirio  
buscar una dicha falsa  
en alas del egoismo,,  
y que solo se halla cierta  
por el único camino  
que abren al hombre sensato  
la abnegacion y el cariño.
- CLARA. Infames! Les tengo un odio!...
- CAR. No me hable usted porque brinco.

## ESCENA XV.

Dichas y VALENTIN.

- VAL. Señora.
- ROS. Qué?
- VAL. Ya está el coche.
- ROS. Andando se quita el frio.
- TER. Cuando los señores bajen  
y se enteren de... (Ríe.)
- ROS. Divinos  
se van á poner los tres.
- CLARA. Ya daría gusto oírlos.
- CAR. A Felipe, sobre todo:  
pero ya perdió el prestigio:  
que me amenace diciendo  
que va á romperme el bautismo!...
- ROS. Entónces, puede que usted  
se lo rompa sin decírselo.  
—Valentin, si cuando bajen  
preguntan los señoritos  
por nosotras, les dirás  
que...
- VAL. Qué?
- ROS. Que nos hemos ido.

## ESCENA XVI.

VALENTIN.

Está muy bien: lo que pasa  
es raro. ó tonto me he vuelto.  
Si parece que anda suelto  
el diablo por esta casa!  
Yo soy bastante impasible...  
Sin embargo, con sorpresa  
observo que hasta Teresa  
está conmigo insufrible.

## ESCENA XVII.

Dicho y TERESA.

VAL. Ella! Teresa... (Dirigiéndose á ella muy cari-  
ñoso.)  
TER. Estoy sorda. (Con acritud.)  
VAL. Qué pasa aquí?  
TER. Fresco estás!  
VAL. Tú has de saber...  
TER. No sé más  
que se prepara la gorda.  
VAL. Y me mira de hito en hito!  
TER. Sí señor.  
VAL. Despierto estoy?  
TER. Llaman! (Campanilla.)  
VAL. Los señores! Voy...  
TER. Aquí quieto y... cuidadito!

## ESCENA XVIII.

VALENTIN.

Esta me alza mucho el gallo  
sin duda porque yo callo.  
Y al final de la jornada...  
Cada vez más fácil hallo  
la zurra pronosticada.

## ESCENA XIX.

Dicho, TERESA, MANUEL, FELIPE y RAFAEL.

- MAN. Vaya, ya estamos aquí.  
FELIPE. Despues de haber visto al chico.  
MAN. Que es monísimo.  
RAF. Muy rico!  
Te gusta de véras? (Entusiasmado á Manuel.)  
MAN. Sí.  
Yo no queria á ninguno;  
pero el tuyo...  
RAF. Es un encanto.  
MAN. A mí me ha encantado tanto  
que deseo tener uno.  
FELIPE. Hombre!  
RAF. Sin hijos, no hay modo  
de tener dicha completa.  
MAN. Nada, admito tu receta,  
la admito con chico y todo.  
—Pero por dónde andarán  
nuestras tiranas traidoras?  
FELIPE. Déjalas.  
MAN. Y las señoras?  
TER. Las señoras?  
MAN. Sí.  
TER. No están.  
MAN. Ya lo veo.  
TER. Es que han salido.  
MAN. Cómo!  
FELIPE. Qué has dicho?  
RAF. Se fueron?  
VAL. Sí señor.  
MAN. Y qué dijeron?  
VAL. Que dijera... que se han ido.  
FELIPE. Carlotita tiene gana...  
RAF. Irse así!...  
MAN. Y á dónde?  
TER. Creo  
que han ido á dar un paseo  
por la Fuente Castellana.  
MAN. Esto es tentar la paciencia!...  
TER. (Que rabien!)  
RAF. Quién lo diria!  
VAL. Yo estoy lelo!  
RAF. Qué osadia!

- FELIPE. Qué descarol!  
MAN. Qué insolencia!  
FELIPE. No se puede tener ancha  
la manga con ellas. Yes? (A Manuel.)  
MAN. Mas no apurarse. Los tres  
tomaremos la revancha. (Aparentando calma)  
FELIPE. Y dura, dura!  
RAF. Pues no!  
MAN. Pero calma, sí? (Cada vez más ofendido.)  
RAF. Me avengo!  
MAN. Mucha calma!  
FELIPE. Yo la tengo! (Paseándose agi-  
tado.)  
RAF. Lo mismo que yo! (Agitado y paseándose.)  
MAN. Pues yo! (Id.)  
TER. Valentin! (A Valentin con quien estará dispu-  
tando.)  
VAL. Qué pertinaz!  
TER. No quiero que estés aquí.  
VAL. Pero...  
TER. Vienes? (Con tono amenazador.)  
VAL. (Ay de mí!  
La fiesta no acaba en paz!) (Váse disputando  
con Teresa fondo derecha.)

## ESCENA XX.

Dichos, ménos TERESA y VALENTIN.

- FELIPE. Qué haremos, qué, que responda  
á su diabólica intriga?  
MAN. Una idea! (Deteniéndose de pronto.)  
RAF. Que se diga!  
MAN. Nos vamos...  
FELIPE. Dónde?  
MAN. A la fonda.  
RAF. Bien.  
FELIPE. Más, con tales sobornos,  
me animo á que nos vengamos.  
MAN. Ya vereis qué bien comemos  
los tres solitos en Fornos.  
FELIPE. Lo que veo en lontananza!...  
RAF. A vengarnos.  
MAN. Ajajá!  
FELIPE. Y que Fornos nos hará  
muy sabrosa la venganza!  
RAF. Y de Fornos...

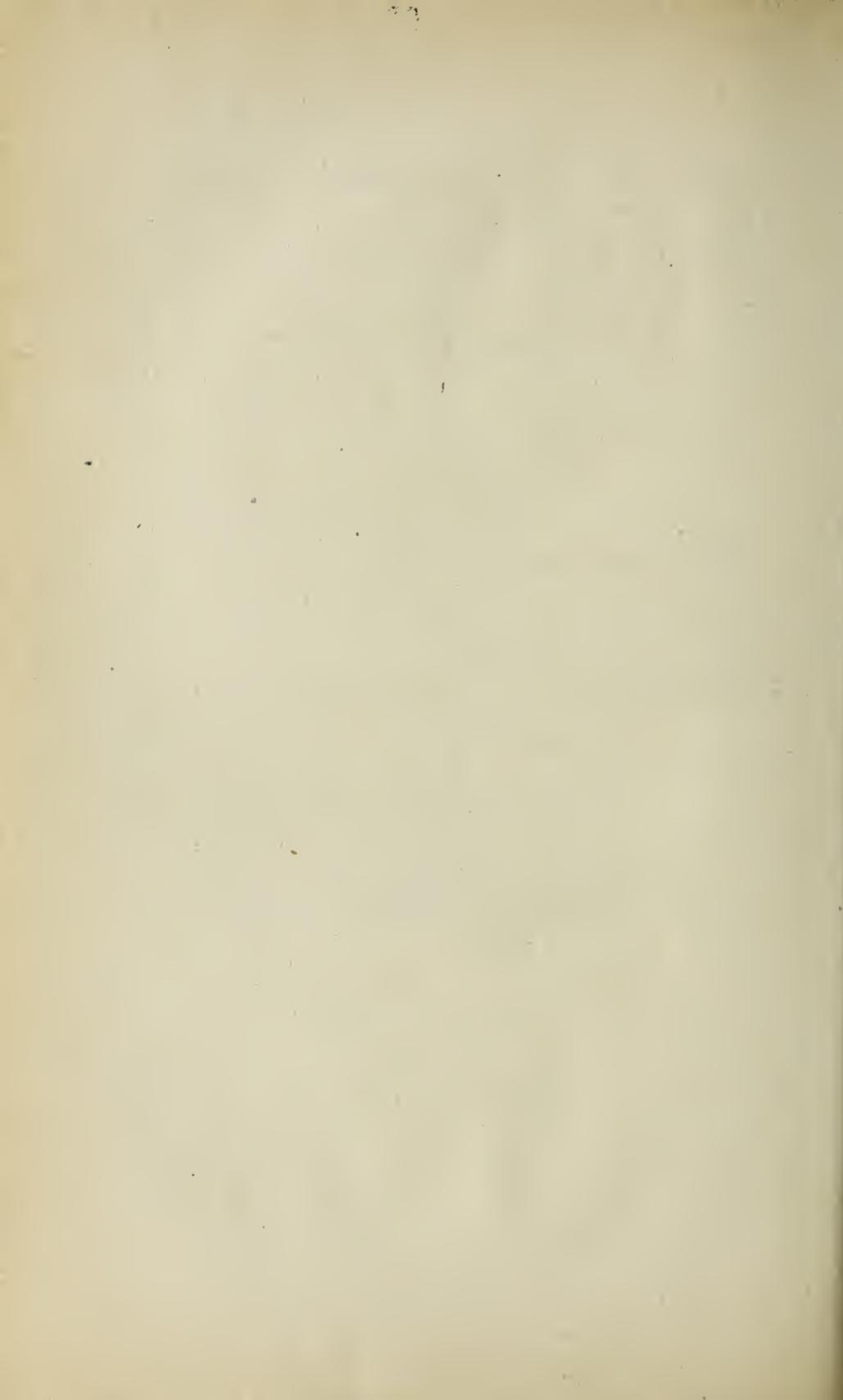
- FELIPE. Vengan planes!  
RAF. Para que mucho les duela,  
al baile de la Zarzuela!  
MAN. Qué Zarzuela! A Capellanes!!  
FELIPE. A Capellanes? Buen plan!  
Tomaremos media turca.  
RAF. O entera.  
MAN. Y habrá mazurka. (Bailando.)  
FELIPE. Y un poquito de can-can. (Id.)  
MAN. Y broma hasta el nuevo día!

## ESCENA ULTIMA.

Dichos y VALENTIN.

- VAL. Señor, ay! (Añigido con la mano en la mejilla.)  
MAN. Qué ha sucedido?  
RAF. Qué tienes?  
VAL. Que se ha cumplido...  
FELIPE. El qué?  
VAL. Media profecía.  
MAN. Pues la otra media...  
VAL. Antes ciegue!  
MAN. Ya te pegó!  
RAF. Qué sonrojo!  
FELIPE. Pues mi recetita!  
MAN. Y ojo  
para que no te la pegue!  
—Ahora, señores galanes, (A Felipe y Ra-  
fael.)  
á Fornos y ancha Castilla!  
Ah! Costillita, costilla!  
FELIPE. Qué costilla! A Capellanes!  
(Manuel, Rafael y Felipe se dirigen al fondo muy  
animados.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



---

# ACTO TERCERO.

---

La misma decoracion.

## ESCENA PRIMERA.

ROSARIO, CLARA, CARLOTA y TERESA.

TER. (A Rosario, Clara y Carlota que salen por el fondo derecha, de vuelta de paseo, y se quitan los sombreros.)

Digo que no están, señora:  
que bajaron al instante  
que se marcharon ustedes:  
que, al ver que no habia nadie,  
muy furiosos empezaron  
á gritar y á pasearse;  
que concertaron de pronto  
yo no sé qué horribles planes,  
y cogiditos del brazo,  
con el puro indispensable  
y muy atrás el sombrero,  
tomaron luego el portante  
hablando, con regocijo,  
de comilona y de baile.

ROS.

Cómo!

CAR.

Es posible!

CLARA.

Qué dices!

TER.

La verdad.

CAR.

Virgen del Cármen!

CLARA.

Y qué hacer? Dí.

ROS.

Yo no sé...

La cosa toma un carácter...

TER. Si los hombres no han de dar otra cosa que pesares!

CAR. Pues tenemos que hacer algo que les duela; pero en grande!

CLARA. Sí, que vean que no pueden impunemente burlarse de nosotras.

CAR. Diga usted:  
á dónde, para que rabien,  
podríamos ir ahora?

ROS. A dónde? A ninguna parte.

CLARA. Ah! Piensas que nos crucemos de brazos?...

CAR. Qué disparate!

TER. Señora, no piense usted dejarles así...

CLARA. Dejarles!

ROS. Pienso que es una imprudencia del despecho aconsejarse.  
Mas bien que como un castigo,  
como una broma aceptable;  
con la intencion de advertirles,  
pero nunca de ultrajarles,  
se me ocurrió que nos fuéramos á pasear esta tarde.

CAR. Ocurrencia que yo aplaudo!

ROS. Y á mí me pesa.

CLARA. Pesarte?

ROS. Y por qué?

ROS. Porque, hija mia,  
creí que á sus magestades  
les haria alguna gracia;  
mas se vé, por las señales,  
que no les ha hecho ninguna  
y dimos con todo al traste;  
pues un marido!... no esperes  
que con razones se ablande;  
y ménos si son razones  
que en algo su orgullo abaten;  
nada de eso! Cá! Un marido  
es el rey, y hay que adularle  
y, sobre todo, hay que hacerle  
mucha gracia, esta es la base,  
mucha gracia, sobre todo,  
aunque una, al hacerla, rabie!

CAR. Luego entónces?...

CLARA. No te entiendo...

ROS. Pues entenderme es muy fácil.  
O acaso piensan ustedes  
que hay que seguir adelante,  
á pesar del ruin sistema  
que se emplea en el combate?  
Las represalias no logran  
la victoria dar á nadie:  
los que á ellas apelán, solo  
consiguen despedazarse.

CLARA. Eso es muy cierto.

CAR. Sí, pero....

Rosario, vamos por partes.  
Va usted á dejar á esos hombres  
que echen su canita al aire?

ROS. Y qué remedio?

CLARA. Discurre...

TER. (Malo!)

CAR. Van á solazarse  
con su comilona?

ROS. Claro.

CAR. Ah! No! No ha de indigestárseles  
lo que coman. A Felipe  
al ménos.

CLARA. Y eso, al fin, pase.

CAR. Ni eso pasa.

CLARA. Sí, que coman;  
pero, por Dios, que no bailen!

ROS. Si supiéramos siquiera  
dónde han ido...

CAR. Ya se sabe:  
á la fonda.

ROS. Usted, sin duda,  
piensa que está en Alicante!

CLARA. Quizá en los Cisnes...

ROS. O en Fornes,  
ó en el Casino, ó en Lardhy,  
el Europeo... la Perla...

CAR. Pues ya vamos encontrándoles!...

ROS. Ellos no dijeron?... (A Teresa.)

TER. Ni esto. (Significando  
que nada.)

Ustedes, al ménos, ántes  
no se portaron tan mal:  
encargaron, al marcharse...

ROS. Es verdad.

TER. Que Valentin  
les dijera de su parte...

- ROS. Que nos habíamos ido.  
CLARA. Y ellos... nada!  
TER. Cá! A la calle  
se lanzaron sin decir  
ni siquiera buenas tardes.  
CAR. Así me gusta!  
ROS. Las cosas  
se hacen bien, ó no se hacen!  
CLARA. Y Valentin no sabrá?...  
TER. Está de todo ignorante,  
y de saber, ni con gancho,  
señora, habrá quien le saque...  
CLARA. Mujer, ni tú?...  
TER. Mucho ménos.  
Si se ha vuelto lo más cafre!...  
CAR. No te lo decia yo?...  
TER. Mas de mí no ha de mofarse,  
y ya tiene pruebas de ello.  
CLARA. Pruebas?  
TER. Sí.  
ROS. Que no te arrastre  
la ira, por Dios!  
TER. Ay, señora!  
Ya el consejo llega tarde.  
ROS. Qué dices!  
TER. Yo no lo pude  
remediar; tuve un arranque...  
y me desahogué.  
ROS. Es posible!  
CAR. Y de novios!  
CLARA. Qué brillante  
porvenir se les presenta!  
CAR. Delicioso! Ni los ángeles!...  
No te cases, chica, créeme.  
ROS. No, Teresa, no te cases!  
CAR. Pero vamos á lo nuestro.  
CLARA. Sí, vamos á lo más grave.  
CAR. Mire usted; si á mí ahora alguno  
se me pusiera delante  
y me dijera: Carlota,  
tome usted el premio grande,  
le diria, no señor;  
gracias: puede usted guardárselo.  
Yo no deseo otra cosa  
que poder echar el guante  
á Felipe: nada más!  
ROS. Bien está; mas cómo echársele?

Cómo seguirles la pista,  
si no han dicho?...

CLARA. Pero calle!

Rafael habrá subido  
á ver al niño...

ROS. Quién sabe?

CLARA. Yo no creo que, sin verle,  
haya podido marcharse.

CAR. Y tal vez haya dejado  
algun recado...

CLARA. Es probable.

ROS. Que esta suba... (Por Teresa.)

CLARA. No; iré yo.

CAR. Quiere usted que la acompañe?

CLARA. Se lo iba á usted á proponer.

CAR. Pues si usted es tan amable  
que permite... (A Rosario.)

ROS. Sí señora.

CLARA. Bajaremos al instante.

ROS. Mucha fortuna.

CAR. Ay, Felipe!

Como yo logre atraparte!... (Váse con Clara  
fondo derecha.)

## ESCENA II.

ROSARIO y TERESA.

ROS. Se me figura que Clara  
va á llevarse un desengaño...  
y eso que, si bien se mira,  
Rafael es tan padrazo...  
Ojalá que me equivoque!

TER. Señora, quiere usted algo?

ROS. Por ahora no.

TER. Y diga usted,  
puedo llevar á su cuarto  
los sombreros, ó los dejo?...

ROS. Para qué? Puedes guardarlos.

TER. Entónces, voy... (Teresa recoge el sombrero  
que llevó Rosario y el de Clara, y váse puerta  
izquierda.)

## ESCENA III.

ROSARIO.

Pues señor,  
aunque inútil juzgo el paso,  
voy á ver si por la mesa

Je Manuel hay algun rastro...  
El, cuando sale y no estoy,  
encima del cartapacio  
suele dejarme una epístola...  
pero hoy, qué ha de haber dejado?  
La hombrada ha de ser completa!  
Yo ya esperaba algun rasgo  
de la alta soberania  
de nuestros augustos amos;  
mas, la verdad, no creí  
que se atrevieran á tanto.  
Ni se hubieran atrevido  
si no se hubieran juntado;  
porque los maridos tienen  
esa cualidad; aislados,  
modelos de mansedumbre;  
nada, cada uno es un santo.  
Con un aire!—No es capaz  
de romper ninguno un plato.  
Pero, ay Dios mio! En juntándose  
siquiera dos, son mas malos!...  
Manuel, verbi gracia: cierto  
que la carga de casado  
no llevaba muy conforme...  
pero la llevaba, y cuándo  
se hubiera atrevido, solo,  
á lo que ha hecho, acompañado?  
En fin, confianza en Dios,  
y si amenaza un chubasco,  
despues de la tempestad  
aparece el sol más claro. (Váse puerta de-  
recha.)

#### ESCENA IV.

VALENTIN, despues MANUEL.

VAL. (Sale fondo derecha: reconoce la escena, y despues de asegurarse de que no hay nadie, vuelve al fondo y desde la puerta llama con misterio.)  
Chist! Chist!

MAN. No hay peligro?

VAL. No;

la señora está en su cuarto.

MAN. Pues, Valentin, es preciso  
que, sin que me salga al paso  
y me atrape, ganar logre

la puerta de mi despacho,  
y despues la de la calle.

VAL. Otra vez? (Significando marcharse.)

MAN. Está esperando  
Felipe en la esquina.

VAL. Sí?

MAN. Como nos fuimos temprano  
y ninguno de los tres  
tenia apetito, entramos  
en la rifa que hay de objetos  
en la calle de Preciados.  
Despues fuimos al Casino,  
y nos ha pasado un chasco!  
Con el afan de hacer pleno,  
á los tres nos vaciaron.

VAL. Es posible!

MAN. Y tan posible!  
Vaya! Y aun hay más! Pensamos  
ir á casa de Felipe  
en busca de algunos cuartos,  
y, para colmo de dichas,  
nos sale el muy condenado  
con que tiene su mujer  
la llave del mundo!

VAL. Vamos,  
y usted viene?

MAN. Por dinero:  
tambien mi primo á buscarlo  
fué por si yo no podia  
penetrar en mi despacho.

VAL. Fué el señorito á su casa?

MAN. Conmigo vino.

VAL. San Pablo!

MAN. Con su afan de ver al chico...

VAL. Señor! Pues lo han atrapado!  
Su esposa y doña Carlota  
están allí.

MAN. El es muy largo  
y sabrá escurrir el bulto:  
conque á ver si yo otro tanto  
consigo, porque Felipe  
se estará desesperando.  
Ponte en acecho.

VAL. Ya estoy. (Poniéndose á  
observar junto á la puerta izquierda.)

MAN. Ojo avizor!

VAL. No hay cuidado.

- MAN. Y avisa si el enemigo  
se acerca...  
ROS. Manuel! (Saliendo por la puerta  
derecha.)  
MAN. Rosario! (Confundido  
y tropezando con Rosario al dirigirse á la puerta  
derecha.)

## ESCENA V.

Dichos y ROSARIO.

- ROS. (Tan pronto de vuelta... y solo!)  
MAN. (Tiemblo como un azogado!)  
ROS. (Veremos cómo se esplica!)  
MAN. (Y ahora yo cómo me escapo!)  
VAL. Que sale, señor, que sale! (Gritando muy  
apurado sin apartar la vista de la puerta izquierda)  
MAN. Qué está diciendo ese bárbaro?  
ROS. Quién sale? (Saliendo al encuentro de Valentin.)  
VAL. Vif! (Cuando digo  
que aquí andan sueltos los malos!)  
ROS. (Manuel, por si yo salia,  
puso de espia al criado.  
Luego me teme!)  
MAN. (Tendré,  
no hay remedio, que echar mano  
de la receta de astucia,  
pues, si lo meto á barato,  
no me suelta.)  
VAL. (Yo jurara  
que ahí dentro sonaron pasos)...  
ROS. Con que podremos saber  
quién salia de mi cuarto?  
VAL. Quién?... Diré á usted... Yo creí...  
ROS. Que era yo?  
MAN. Qué? No hagas caso.  
VAL. Yo creí que era... Teresa: (Al ver que sale  
por la puerta izquierda.)  
Vé usted? y no me he equivocado.

## ESCENA VI.

Dichos y TERESA.

- MAN. Justo, Valentin creyó...  
TER. (El señor!)  
ROS. Y dime, tu amo

qué interés tenía en que ella saliera?

TER.

Interés!

MAN.

(Canario!)

VAL.

Yo no sé...

MAN.

(Pues solo falta

que ahora me achaquen pecados que no tengo!)

TER.

Yo, señora,

soy inocente!

MAN.

Y yo, estamos?

Y no porque este haya dicho ¡que sale! ¡que sale!...

VAL.

(Diablo!)

MAN.

Creas tú...

VAL.

Mas yo, señor...

MAN.

Chiton.

ROS.

Silencio.

VAL.

Ya callo.

ROS.

Y traigan ustedes luces.

VAL.

Bueno.

TER.

Te vas enmendando.

VAL.

Pero, mujer, reflexiona...

TER.

Anda.

VAL.

(Pues, señor, presagio que se me cumple otra media profecía en este lado.) (Vánse fondo derecha, y á poco salen con dos candelabros ó quinqués encendidos que dejan en la escena.)

## ESCENA VII.

ROSARIO y MANUEL.

ROS.

(A qué vendrá?)

MAN.

(A chamusquina

me huele. Estoy en un potro!

Calle! Se sienta! Y el otro (Al ver que Rosario se sienta.)

consumiéndose en la esquina!)

ROS.

(Yo sabré...)

MAN.

(Tendré que ver

si la libertad consigo.)

ROS.

(Que él empiece.)

MAN.

(Y qué le digo?

No me dá pié esta mujer!)

ROS.

(No, pues así...) (Mirando á Manuel con ira.)

- MAN. (Qué mirada!  
Es otra espada de Elías!)  
ROS. (Pero, hombre, hable usted!)  
MAN. Decías?  
ROS. Quién! yo? No decía nada.  
MAN. Pensé... (Estoy haciendo el oso.)  
ROS. (Y calla! Yo me consumo!) (Tosiendo.)  
MAN. Te advierto que ahora no fumo.  
ROS. Pues yo, sin embargo, toso.  
MAN. Como el humo del cigarro...  
ROS. Hay otros humos que igual  
me hacen toser.  
MAN. Sí?  
ROS. Cabal.  
MAN. Ya!... Los humos de un catarro.  
ROS. Y tus humos de señor.  
MAN. No digas...  
ROS. Pobre de mí!  
Ya... ni aun toser!  
MAN. Mira, dí  
que ahora estás de mal humor,  
y en mi contra te previenes...  
ROS. (Qué! ¿Será astucia ó simpleza?)  
MAN. Vamos á ver, con franqueza,  
quieres decirme qué tienes? (Con mucha za-  
lamería y sentándose al lado de Rosario.)  
Por qué con semblante esquivo  
me recibes?  
ROS. (Qué bribon!)  
Aprension...  
MAN. No es aprension.  
ROS. Acaso has dado motivo?  
MAN. Mas sufro las consecuencias.  
ROS. Qué mala soy!  
MAN. No mereces  
toda la culpa.  
ROS. No?...  
MAN. A veces,  
engañan las apariencias.  
ROS. Las apariencias! No digo...  
mas creo...  
MAN. Todo lo sé;  
á que acierto yo por qué  
estás de monos conmigo?  
ROS. Hombre!  
MAN. Cavilando un poco),  
te daré la prueba al canto.

- ROS. Sí? Pues no caviles tanto  
que te puedes volver loco.
- MAN. Mujer... (Esto es un desastre!)
- ROS. (A ver por donde saldrá.)
- MAN. (Y mi primo ya estará  
con Felipe y con el lastre!) (Indicando di-  
nero.)
- ROS. No tienes razon, esposa.
- ROS. Con que mi enojo?...
- MAN. Al fin, vamos,  
convienes?...
- ROS. Bien: convengamos  
en que me tienes furiosa.
- MAN. Y en qué ese furor se basa?
- ROS. Fiel tu marido, ha cumplido...
- ROS. Pues por qué entra mi marido  
con tanto miedo en su casa?
- MAN. Eh! Lo estaba sospechando.
- ROS. Bien merezco se me tilde.
- MAN. Si, en vez de entrar muy humilde,  
hubiera entrado pegando!...
- ROS. Esto más!
- MAN. Entiende...
- ROS. Entiendo  
que quieres pegar!
- MAN. No tal.
- ROS. Ya pega!
- MAN. Qué material!
- ROS. Quise decir... reprendiendo!
- MAN. Eso tampoco es posible.
- ROS. Vaya, pues no lo ha de ser!
- MAN. El que quiere reprender  
ha de ser irrepreensible.
- ROS. Como yo lo soy.
- MAN. Qué dices?
- MAN. Pero ustedes se marcharon  
y á sus maridos dejaron  
con un palmo de narices.
- ROS. Y con la manga tan ancha,  
que aplaudieron la escursion  
porque les daba ocasion  
para tomar la revancha!
- MAN. Calumnia!
- ROS. Base el paseo  
fué de vergonzosa liga,  
y se fueron...
- MAN. Ay! Qué intriga!

- Ros. De comida y bailoteo.  
Tengo ó no datos? Responda usted.
- MAN. Muy exagerados...  
(Y aquellos, desesperados, ya se habrán ido á la fonda!)
- Ros. Si aunque una mentira arrostres te delata ese papel. (Por un paquete que Manuel lleva en el bolsillo del gaban.)
- MAN. (Vaya. A que piensa que en él le traigo algo de los postres!)
- Ros. Tú ves como estás cogido?
- MAN. Qué he de estar?
- ROS. Aún negarás?
- MAN. Rosario, escucha y sabrás lo que vale tu marido.  
Aquí contra las paredes, por vuestro chasco, nos dimos; pero, calmados, nos fuimos...  
A dónde?
- Ros. En busca de ustedes.
- MAN. En busca! Bien.—Y despues?
- Ros. Despues...
- MAN. Dónde habeis estado?
- Ros. Por recurso, hemos entrado en una rifa. Ya ves!  
Diversión más inocente!
- MAN. Mucho!
- Ros. La prueba aquí está.  
Este premio te dirá que tu marido no miente.  
Unos seis duros y pico me ha costado.
- Ros. Tanto?
- MAN. Toma. (Desenvolviendo el paquete y presentando á Rosario un sonajero.)
- Ros. Un sonajero! Qué broma!  
—Ya solo te falta el chico.  
Para Clara.
- MAN. Por supuesto. (Recogiendo el paquete y guardándolo con afan.)
- Ros. Su niño armará una gresca!
- MAN. Con que su niño? Estás fresca!
- Ros. Cómo!
- MAN. Ya hablaremos de esto.  
Ahora vamos á volver...

- Ros. Vamos.  
MAN. (Y á ver si apresuro...  
porque aquellos, de seguro,  
ya han empezado á comer.)  
Nos quedamos en camino...  
Ros. En la rifa nos quedamos.  
MAN. Cierto.  
Ros. Y despues?  
MAN. Presentamos  
á Felipe en el Casino;  
por pasar el rato.  
Ros. Entiendo.  
MAN. Y, en verdad, que lo pasó  
con la ruleta!...  
Ros. Jugó?  
MAN. Jugamos!  
Ros. Qué estás diciendo!  
Jugar! Un vicio tan malo!  
MAN. Pues lo malo eso no ha sido;  
lo malo es que hemos perdido.  
Ros. Manuel!  
MAN. Nos han dado un palo!  
Nos dejaron á la luna. (Mostrando vacios los  
boisillos del chaleco.)  
Ros. Si me resisto á creerlo!  
MAN. Pues lo que es el no entenderlo:  
esa ha sido tu fortuna!  
Ros. Cállate y no hagas mas honda  
mi herida.  
MAN. Escucha.  
Ros. No acabes.  
MAN. Felipe y mi primo... sabes?  
van á comer á la fonda! (Dándole mucha im-  
portancia.)  
Ros. Hola! Qué tal? Se me esconde  
que habia fonda y jaranas?  
MAN. Bueno: tú oiste campanas;  
pero no sabes á dónde.  
Felipe y Rafael—qué par!—  
buena la van á correr,  
se van por ahí á comer,  
y hasta creo que á bailar!  
Yo condené, te lo aviso,  
semejantes atropellos.  
Ros. Pero te fuiste con ellos.  
MAN. Es claro, por compromiso.  
Mas siempre con la intencion

de darles un esquinazo,  
si no de golpe y porrazo,  
á la primera ocasion.  
La expié con sangre fria,  
y, al dejarnos la ruleta  
sin una mala peseta,  
me dije: llegó la mial  
Me ofrecí á buscar dinero;  
la cosa quedó resuelta,  
y, dando una media vuelta,  
anda piés, para qué os quiero?  
A casita diligente,  
sin que ellos tengan que hablar,  
porque hemos de confesar  
que el pretesto es muy decente!  
Pero no sales?

Ros.

MAN.

Mujer! (Fingiendo asombro.)

Ros.

Yo creo que á tí te toca...

MAN.

Pero, chica, tú estás loca?...

Ros.

No vuelves?

MAN.

Qué he de volver!

Que me hagas justicia espero. (Sentándose.)

Ros.

(No comprendo lo que pasa.)

MAN.

Yo ya no salgo de casa.

(Ahora va á darme el sombrero.)

Ros.

No aplaudo yo tal accion.

MAN.

(No lo dije? Bueno va!)

—Tú qué harías?

Ros.

Yo... (Mas ¡ahl (Idea re-

pentína.)

Ya descubro la intencion!)

MAN.

A ver tú qué harías? Vamos. (Muy animado.)

Ros.

Lo que dices tú.

MAN.

Eso harías? (Sorprendido.)

Ros.

Lo mismo.

MAN.

Pues no decías?... (Contrariado.)

Ros.

Sí, lo dije...

MAN.

En qué quedamos?

Ros.

En que no sales.

MAN.

Por Dios,

las cosas se consideran...

Ros.

No.

MAN.

Los otros dos me esperan...

Ros.

Pues que se sienten los dos.

MAN.

Pero esas no son razones.

Ros.

Pierdes el tiempo. Qué asedio!

MAN.

Lo pierdo?... (Pues al remedio

de las grandes situaciones.)  
—Eres de roca. No infiero  
por qué así te has de oponer...

ROS.

Callemos.

MAN.

Otra mujer  
me hubiera dado el sombrero!

ROS.

Pues haria, con franqueza,  
un ridículo papel.  
A qué dártelo, Manuel,  
teniéndolo en la cabeza?

MAN.

Es leccion? (Resentido despues de haberse con-  
vencido de que lleva el sombrero.)

ROS.

Quieres callar?

MAN.

Por tal la tomo.

ROS.

No es cierto.

MAN.

Pues, por si acaso, te advierto  
que la voy á aprovechar.

ROS.

Qué es lo que intentas hacer?

MAN.

Pues tengo puesto el sombrero,  
ir á tomar el dinero  
y despues... (Significando marcharse.)

ROS.

No puede ser! (Alarmada.)

MAN.

(Ahora un grito.) Qué! Hay quien tuerza  
mi gusto!

ROS.

Ni quien lo intente. (Fingiendo  
muchu humildad, pero con cierta satisfaccion.)

MAN.

(Cuando es la astucia impotente,  
hay que apelar á la fuerza!) (Váse puerta  
derecha.)

## ESCENA VIII.

ROSARIO.

Con tu modo de argüir. (Siguiendo á Manuel  
con aire de triunfo.)

has logrado penetrar!

Mas de mí te has de acordar!

A ver si puedes salir! (Echando el pasador ó  
cerrojo de la puerta.)

## ESCENA IX.

ROSARIO, CLARA, CARLOTA y RAFAEL.

(Clara y Carlota salen fondo derecha conduciendo á Rafael.)

RAF.

Que aprieta usted demasiado! (A Carlota  
que le sujeta por un brazo.)

- CLARA. Firme! Firme! (Sujetándole por el otro.)  
ROS. Qué estoy viendo!  
CAR. Usted se queja de vicio.  
ROS. Pobre primo! Te cogieron?  
RAF. (Y pensar que mi receta  
ya no surte buen efecto!)  
CAR. Cuando atrape yo á Felipe!...  
RAF. Desde ahora le compadezco.  
CLARA. No esperabas tú esta pesca? (A Rosario.)  
ROS. Si yo tambien tengo un preso!  
CAR. Es Felipe?... (Con vehemencia.)  
ROS. No, Manuel.  
CAR. Qué lástima!  
RAF. Vif! Le ruego  
que no se entusiasme tanto,  
doña Carlota. Hay momentos  
en que me confunde usted  
con su marido.  
CAR. No puedo  
remediarlo.  
RAF. No?  
CLARA. Supongo  
que conoces los proyectos  
de estos señores.  
ROS. Sé que iban  
de fonda y de baile luego.  
CLARA. Pero á qué baile!...  
ROS. No sé...  
CLARA. A Capellanes!!  
ROS. Es cierto?  
RAF. Sujetadle bien!  
ROS. Dios mio!...  
RAF. No, mira; si yo prometo  
no escaparme.  
ROS. Lo prometes?  
RAF. Entónces te trataremos  
con las consideraciones  
y prerogativas...  
RAF. Pero  
nada de marcha real.  
ROS. Marcha real?... Por supuesto.  
Ahora, si es que quieres música),  
otra más propia tenemos:  
la marcha de los civiles!  
CLARA. } Sí! sí!  
CAR. }  
ROS. Te gusta?

- RAF. Esa ménos.  
ROS. Vamos, anda, buena pieza.  
CLARA. Le indultas?  
ROS. Sí.  
CAR. Muy mal hecho.  
ROS. Que vaya á ver á su primo.  
RAF. Pero le voy á ver suelto? (Sin atreverse á creerlo.)  
ROS. Por qué no?  
RAF. Bendita seas!  
Dónde está, dónde! (Dirigiéndose á la puerta derecha.)  
ROS. Allí dentro. (Conduciéndole á la izquierda.)  
RAF. Voy á deberte la vida!  
CLARA. Los dejas juntos? (A Rosario.)  
ROS. (A Clara.) Silencio.  
RAF. Respiro!... Doña Carlota me ha incrustado aquí los dedos! (Indicando el brazo que le sujetaba Carlota y desapareciendo por la puerta izquierda.)  
CLARA. Vaya, divertirse, amigos!  
CAR. Y que coman con provecho!  
ROS. Y que bailen.  
CLARA. }  
CAR. } Sí, que bailen.  
ROS. Pero cada uno en su encierro. (Echando también el pasador á la puerta de la izquierda.)

## ESCENA X.

ROSARIO, CLARA y CARLOTA.

- CLARA. Ah! Vamos, Manuel no está?...  
ROS. No, tonta, á Manuel le tengo encerrado en su despacho.  
CLARA. Ha sido un golpe soberbio.  
CAR. Ya solo falta Felipe.  
Me va á parecer un sueño cuando le tenga delante.  
ROS. Pues muy pronto...  
CAR. Será cierto?  
ROS. Qué quiere usted que haga el pobre por ahí solo y sin dinero!  
CLARA. Si el bromazo que han corrido les sirviera de escarmiento...  
ROS. Hasta la suerte parece

- que quiso burlarse de ellos.  
Figúrate que Manuel  
vino con un sonajero!
- CLARA. Pues el lote de mi esposo  
no es ménos chusco: un espejo! (Sacando  
un espejito del bolsillo.)  
La imágen de la verdad...  
él, que es lo más embustero!
- CAR. Ya veremos don Felipe  
con qué se nos viene.
- ROS. Espero  
que con otra cosa así...
- CAR. De todos modos, el premio  
se lo guardo yo: conmigo  
le va á caer, sin remedio,  
la lotería!

## ESCENA XI.

Dichas, y TERESA.

- TER. Señora,  
Señora...
- ROS. Qué hay?
- TER. Que subiendo  
está D. Felipe.
- CAR. Sí?
- ROS. Ve usted? No podia ménos...
- CAR. Segura estás?
- TER. Segurísima.
- CLARA. Tú le has visto?
- TER. Ya lo creo,  
desde el corredor le he visto.
- CAR. Oh! Suspirado momento! (Se oye un fuerte  
campanillazo.)
- TER. Ya llama!
- ROS. Y con brios!
- CAR. Pues  
que pase ese caballero.
- ROS. Antes hay que asegurarle.
- CLARA. Sí, sí.
- ROS. Vamos á escondernos  
para que caiga en la trampa.
- TER. Que Valentin está abriendo! (Desde el fondo  
y mirando hácia la derecha.)
- ROS. Vamos. (Dirigiéndose al fondo.)
- CAR. Que no se me escape!

ROS. Como él entre aquí, no hay miedo. (Rosario, Clara y Carlota desaparecen por el fondo izquierda.)

## ESCENA XII.

TERESA, á poco FELIPE.

TER. Corran ustedes, que ya se oyen pasos!.. Se escondieron. Ahora dobla el corredor don Felipe. Vaya un gesto!

FELIPE. (Sale fondo derecha muy tapado con su gaban y con un envoltorio en la mano.)

Donde están, voto á mil bombas!

TER. (Anda, anda!)

FELIPE. Brrr! (Paseándose agitado.)

TER. (Uf! Qué estruendo!)

FELIPE. Lo que se acaba de hacer conmigo no tiene ejemplo! A ver, tu amo dónde está? Dile que salga al momento, que le espera don Felipe: don Felipe! Entiendes?

TER. Bueno.

Y si está con las señoras?...

FELIPE. Mejor! Así acabaremos más pronto! (Quitándose el gaban y el sombrero que deja encima de una silla con el envoltorio que lleva en la mano.)

TER. Pues voy... (Váse fondo derecha.)

FELIPE. Al bulto;  
hay que irse al bulto derecho.

## ESCENA XIII.

FELIPE.

Pues no faltaba otra cosa!  
Tenerme á mí nada ménos  
que cuarenta y seis minutos  
dando en la calle paseos  
hácia arriba y hácia abajo  
en un Madrid, y en Enero!  
Y todo por qué? Por qué?  
De decirlo me avergüenzo!  
Porque ya no hay dignidad

en los hombres! Se lucieron  
el tal Manuel y su primo  
con su astucia! Majaderos! (Rosario, Clara,  
Carlota y Teresa, atraviesan el fondo, de izquier-  
da á derecha, con precaucion y fijando significa-  
tivas miradas en Felipe.)

Sus mujeres á que salgan,  
es claro, se habrán opuesto,  
y ellos se habrán resignado  
como pacientes corderos!

A mí podian venirme  
con esas! Bonito genio  
tengo yo para aguantar! . . .

### ESCENA XIV.

FELIPE y MANUEL.

MAN. Abre la puerta! (Dentro y golpeando la puerta)

FELIPE. Qué es esto? (Aproximándose  
se á la puerta derecha.)

MAN. Abre, Rosario! (Dentro.)

FELIPE. Es la voz  
de Manuel!

MAN. (Dentro.) Yo te prometo  
que de casa no saldré.

FELIPE. Qué escucho! Si clama al cielo! (Quita el  
cerrojo.)

MAN. Rosario! (Abrazando á Felipe.)

FELIPE. Aparta. (Rechazándole.)

MAN. Felipe! (Asombrado.)

FELIPE. Esto es un hombre?

MAN. Te ruego...

FELIPE. Merecias una rueca!

MAN. Pero si es que yo... (Se oyen golpes en la  
puerta de la izquierda.)

FELIPE. Otro preso!

### ESCENA XV.

Dichos y RAFAEL.

RAF. Abre, Clara! (Dentro.)

MAN. Rafael!

FELIPE. No espero ver más!

RAF. (Dentro.) No encuentro  
á mi primo por aquí.

MAN. Vamos, quizá yo fuí el cebo...

FELIPE. Sal, hombre, sal. (Quitando el cerrojo de la puerta izquierda.)

RAF. Gracias, Clara! (Abrazando á Felipe.)

FELIPE. Qué Clara, ni qué... (Rechazando á Felipe.)

RAF. Qué veo!

Felipe!

FELIPE. Felipe, sí,  
de asombro y de rabia lleno,  
al ver que os estais portando  
lo mismo que dos muñecos.

MAN. No digas... Si tú supieras!...

RAF. Tú no sabes... (Acariciando el brazo que supone dolorido.)

FELIPE. No, ni quiero.

Pero, hombre, cómo es que á mí  
no me pasa nada de eso!

RAF. Ni quiera Dios que lo pases!  
(Cinco cardenales tengo!)

MAN. La fatalidad...

FELIPE. No tal.

Vuestra tontería; pero,  
aunque mucha, yo supongo  
que no llegará al extremo  
de que renunciéis ahora  
á todos nuestros proyectos.

MAN. Hombre, solo (en mi despacho),  
medité el asunto, y pienso  
que es un disparate...

RAF. Yo  
pensé otro tanto allá dentro.

MAN. Vaya, y tú, por más que digas...

RAF. Desiste, chico.

FELIPE. Os desprecio.

Creeis que un marido puede  
abdicar de sus derechos?

Si miras particulares  
le dieran este consejo,  
más alto que su interés,  
mucho más, está el respeto  
que inspirarle deben siempre  
los intereses del gremio.

MAN. Calle! Pues tiene razon.

RAF. Bien mirado, no podemos...

Y á más, que si ahora callamos...

MAN. Fallamos en contra el pleito.

- FELIPE. Nada, pasais la mitad  
de la vida en el encierro.  
RAF. Ya mi receta no sirve.  
MAN. A mí me ha dado un camelo...  
FELIPE. A que no falla la mia?  
MAN. Si tal supiera...  
FELIPE. Has de verlo.  
RAF. Y entretanto, qué?  
MAN. Pues hurra!  
RAF. Andando!  
FELIPE. Mas... y el dinero? (Deteniéndoles  
con solemnidad.)  
MAN. A Fornos! (Sonando el dinero.)  
RAF. A Capellanes! (Idem.)  
FELIPE. Hay que ser hombres!  
MAN. A serlo!... (Se diri-  
gen al fondo entusiasmados.)

## ESCENA XVI.

Dichos, ROSARIO, CLARA y CARLOTA.

(Al acercarse á la puerta Manuel, Felipe y Rafael, aparecen Rosario, Clara y Carlota interceptándoles el paso.)

- ROS. Alto!  
CLARA. No se pasa!  
CAR. Atrás!  
MAN. Cómo se entiende?  
FELIPE. (Animándoles.) Valor!  
RAF. Si ustedes se oponen!...  
CLARA. Qué!  
ROS. Qué?  
CLARA. (Cachaza!)  
MAN. Esto es atroz!  
CAR. Dos palabras, don Felipe.  
FELIPE. Bien; id bajando que yo (La primera palabra  
á Carlota; lo restante á Manuel y Rafael.)  
despacho á Carlota pronto.  
MAN. No nos darás un planton! (A Felipe.)  
FELIPE. Tengo yo acaso la pasta  
que teneis vosotros dos?  
CAR. (Seguiré las instrucciones  
de Rosario.—Es lo mejor.) (Baja Carlota al  
primer término; descubre el envoltorio que dejó  
Felipe encima de su gaban y se lo guarda.)  
MAN. Vaya, escándalo no armemos! (A Rosario y  
Clara que se oponen á su salida.)

- ROS. Pero tal es su teson?  
RAF. Hemos resuelto marcharnos...  
MAN. Y nos marcharemos, ó...  
FELIPE. (Bien se defienden!)
- ROS. Manuel!  
MAN. Está herido nuestro honor...  
RAF. Qué se diria?  
CLARA. Y por eso?  
ROS. Pues no saldreis.  
MAN. Vive Dios!
- Saldremos!
- CLARA. {  
ROS. { Ay!  
MAN. Y á la fuerza,  
si no basta la razon. (Manuel y Rafael vándose fondo derecha.)
- ROS. Y la llave? (A Clara.)  
CLARA. En el bolsillo.  
ROS. Van á salir! A que no? (Desaparecen fondo derecha.)

## ESCENA XVII.

CARLOTA y FELIPE.

- FELIPE. (Qué tal, qué tal mi receta? (Por el triunfo de Manuel y Rafael.)
- CAR. Présteme usted atencion. (Conduciendo á Felipe del brazo.)
- FELIPE. Carlota, mujer, que tu en broma en broma...
- CAR. El humor tengo yo para bromitas.
- FELIPE. Va acaso de véras?
- CAR. Oh!  
Y tan de véras! Lo entiendes?
- FELIPE. Pues yo siempre bailo al son que me tocan.
- CAR. Tú bailar!  
Qué has de bailar, hablador?
- FELIPE. Escucha, es que tienes gana de armar conmigo cuestion?
- CAR. Si en ese caso me pones...
- FELIPE. Tú te olvidas de que soy muy poco sufrido?
- CAR. Y qué?

FELIPE. Cómo y qué?—Vaya, con Dios! (Tratando de marcharse.)

Manuel y el otro me esperan...

CAR. Hágame usted el favor (Sujetándole por un brazo y con mucha calma.)

de sentarse, don Felipe. (Aparecen en la puerta del fondo, donde se quedan observando, Rosario, Clara, Teresa, Manuel, Rafael y Valentin.)

FELIPE. Carlota!

CAR. Moderacion!

A sentarse y á escucharme.

FELIPE. Vamos, sino fuera por!...) (Sentándose y reprimiéndose.)

CAR. Empiezo: quince años hizo el día de San Anton que mis padres me casaron con usted en Badajoz; y, por más que lo lamente, la experiencia me enseñó que entre marido y mujer, salvando alguna escepcion, la paz se consigue á costa de que el uno de los dos sea víctima del otro, como de usted lo soy yo.

FELIPE. Y á qué viene ese preámbulo?

CAR. A decir á mi señor, con toda formalidad, Felipe: hasta aquí llegó; su víctima se rebela, y como que es de rigor que una exista, á usted le toca ser mi víctima desde hoy.

FELIPE. Me pasmo de mi cachaza!

Vaya, vaya... (Disponiendo á irse.)

CAR. Qué ilusion! (Deteniéndole.)

Pásmate; pero sentado.

FELIPE. Ni la paciencia de Job!

Mira que aquellos me aguardan...

CAR. Nada.

FELIPE. Mira que mi honor está empeñado!

CAR. Lo empeñas por poco.

FELIPE. Mira que estoy poniéndome muy nervioso!!!

- CAR. Tomas tila.  
FELIPE. Que el furor  
puede de pronto cegarme,  
y no respondo!!!
- CAR. Aprension!  
Ni por esas.
- FELIPE. Pues entónces  
mira Carlota que voy!!!! (Amenazando.)
- CAR. A qué? Vamos! (Provocándole con mucha san-  
gre fria.)
- FELIPE. A... (Sorprendido y sin atrever-  
se á levantar la mano.)
- CAR. Qué risa!...
- FELIPE. A...
- CAR. Dilo!
- FELIPE. Calla!
- CAR. Quién? Yo!...
- FELIPE. Si ya no te tengo miedo!
- FELIPE. Qué dices! Baja la voz! (Desarmado por com-  
pleto.)
- CAR. Venme, venme á mí con roncas,  
que puede que... (Amenazándole.)
- FELIPE. (San Eloy!)
- CAR. Inocente!
- FELIPE. (Estoy perdido!  
Dios mio! Y en qué ocasion!)  
Transijamos, Carlotita...
- CAR. Capitula el dictador?  
No transijo.
- FELIPE. Van á darme  
una cencerrada atroz  
Manuel y su primo, si...
- CAR. No me entenezco.
- FELIPE. Por Dios!  
Yo haré, en cambio, lo que quieras:  
con santa resignacion,  
seré tu víctima un año,  
los quince que tú...
- CAR. Ya voy!
- FELIPE. Te lo pido de rodillas!
- CAR. Aunque en cruz te pongas, no.
- MAN. Que viva el rey! (Adelantándose con los demás  
y sin poder contener la risa.)
- RAF. Bien, maestro!
- FELIPE. Uf!
- ROS. Caridad.
- FELIPE. Qué baldon!

## ESCENA ULTIMA.

ROSARIO, CLARA, CARLOTA, TERESA, MANUEL,  
FELIPE, RAFAEL y VALENTIN.

- MAN. Con que dime...  
CLARA. (Mala pestel!)  
MAN. Cómo se logra la paz?  
CAR. Con su receta eficaz. (Por Felipe.)  
CLARA. Vaya, y sino con la de este. (Por Rafael.)  
RAF. Clara...  
FELIPE. Nos han aplastado.  
TER. A ver si aprendes, camueso! (A Valentin con quien se queda á un extremo.)  
VAL. Quieres callar! Lo que es eso lo tenia yo olvidado.  
FELIPE. Nada, no hay medio, Manuel.  
ROS. No me queda más que oír.  
Lo que usted ha de decir es que no han dado con él.  
FELIPE. Como que está en cada esquina.  
ROS. Está más cerca.  
FELIPE. Me abismo!...  
ROS. Como que está en uno mismo.  
—Usted sabe la doctrina?  
FELIPE. La pregunta es muy galana (Apurado .)  
MAN. Contesta.  
FELIPE. Contestaré.  
Qué doctrina? La de usté?  
ROS. No; la doctrina cristiana.  
CAR. No le toque usté esa cuerda, porque el pobre...  
FELIPE. No me explico...  
MAN. Eso se aprende de chico; pero despues, quién se acuerda? . . .  
CLARA. Me gusta!  
MAN. El caso es muy grave.  
ROS. Sabe usted?...  
FELIPE. Vamos á ver.  
ROS. Los mandamientos?...  
MAN. Mujer, los de la Ley?... Quién no sabe?...  
—Son diez.  
FELIPE. Claro.  
RAF. Diez.  
ROS. Muy bien.

MAN. Diez, que se encierran en dos...

RAF. En servir y amar á Dios...

FELIPE. Y al prógimo...

ROS. Como á quien?

FELIPE. Como á uno mismo.

CLARA. Es curioso.

ROS. Pues, si ustedes paz desean,  
posible es que no la vean  
en ese precepto hermoso?  
Pero el mal, en mi entender,  
principalmente proviene  
de que aquí ninguno tiene  
por prógimo á su mujer.

FELIPE. Es que á veces...

MAN. (A Felipe.) No la enredes.

FELIPE. La esposa nos contraría...

ROS. No es eso: qué tontería!  
Es que casi siempre ustedes,  
con la lógica de un niño,  
juzgan malvada exigencia  
lo que tan solo es prudencia  
ó demasiado cariño.  
Es que ustedes, los esposos,  
por costumbre, sin querer,  
suelen ser con su mujer  
poco, poco generosos.  
Es que su orgullo se ufana  
demasiado, y no hacen caso  
de que hay que dar un repaso  
á la doctrina cristiana.  
Es que llegan á olvidar  
sus deberes, satisfechos  
con pensar en sus derechos,  
y no pueden apreciar  
que á quien su alma de amor llena  
y el bien de todos procura,  
más que su propia ventura,  
le satisface la agena!

FELIPE. Anda! Anda!

RAF. Bien.

MAN. Qué sermon!

CAR. Firme!

CLARA. Lo dice de un modo...

MAN. Chicos, pues, despues de todo...  
creo que tiene razon.

Bravo, Rosario! Divina!

ROS. Por Dios, Manuel.

- TER. (A Valentin) Y tu qué?  
Te casas?
- VAL. Me casaré  
si te aprendes la doctrina.
- MAN. Conque... amnistia?
- ROS. La habrá.
- MAN. Sí? Pues á ser me decido  
lo que se llama un marido,  
con ínsulas de papá.
- ROS. Formalidad, caballero.
- MAN. La perfeccion del estado.
- ROS. A este, como le ha tocado  
en la rifa un sonajero!...
- CAR. Pues es verdad! Todavía  
ignoramos lo que ha sido  
el premio de mi marido.
- FELIPE. Mi premio?... Una tontería...
- MAN. Un látigo le tocó.
- ROS. } Un látigo!
- CAR. }
- FELIPE. Y voy á darlo.
- CAR. No te canses en buscarlo, (Sacando un latiguillo del envoltorio que se habia guardado.)  
porque ya lo tengo yo.
- FELIPE. (Pobre de mí!)
- ROS. No uses de él. (A Carlota.)
- CAR. Roto está desde ahora mismo. (Tirando el latiguillo.)
- MAN. Nada, nada: el catecismo.  
Por mi parte... (Acariciando á Rosario.)
- ROS. Sí, Manuel.  
No esperes hallar la ciencia  
de mitigar tus dolores,  
cual dicen falsos doctores,  
en tu propia conveniencia.  
Disuelve, con el aliño  
de la fé y resignacion,  
muchísima abnegacion  
y muchísimo cariño,  
sin que te des al demonio  
por cuestiones de etiqueta,  
y tendrás... la gran receta  
para el mal de matrimonio.

OBRAS DRAMÁTICAS  
DE  
DON JOSÉ MARCO.

---

EN TRES ACTOS.

LIBERTAD EN LA CADENA.  
EL SOL DE INVIERNO.  
EL PEOR ENEMIGO.  
CUESTION DE TRÁMITES.  
ANA. <sup>1</sup>  
¡CÓMO HA DE SER!  
HOY.  
LOS FLACOS.  
LA FERIA DE LAS MUJERES.  
LA MUJER COMPUESTA.....  
EL MANICOMIO MODELO.  
RECETA MATRIMONIAL.  
LA GRAN JUGADA. (En prensa.)

EN UN ACTO.

CONSECUENCIAS DE UN BOFETON.  
EL DOTE DE MARÍA.  
UNA TARDE APROVECHADA. <sup>2</sup>  
LA PAVA TRUFADA.  
ADAN Y EVA.  
¡SIN PADRE!  
LA FIESTA EN PAZ. (En prensa.)  
EL FONDO DEL ESPEJO. (Id.)

---

1 En colaboracion con D. Juan Catalina y D. Juan Coupigny.

2 En colaboracion con D. Fernando Martin Redondo.



